



BOLSILIBROS
EASA

FBI



J TELL

...INTEGRIDAD

6



colección
F.B.I.

© J. TELL
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes
I. S. B. N. 84-06-01042-8
Depósito legal: M. 38.863 - 1977

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

Ed
EDITORIAL
ANDINA, S.A.

...INTEGRIDAD

J. TELL

colección
F.B.I.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

Los torsos desnudos de los dos hombres brillaban sudorosos bajo la luz amarillenta que arrojaba la única bombilla que alumbraba el recinto.

Milton Rubel se volvió a mirar a su acompañante. Y sonrió con el mismo agrado que si fuera a mostrarle una preciada joya.

—Marión —dijo—, aquí tienes un bello ejemplo de integridad. Estos dos bravos hombres se sacrifican por su patria. Han resistido con admirable entereza cuantas seducciones les han cercado. De igual modo, la humillación y el castigo. ¿No es confortante?

Marión contemplaba, sin revelar ningún sentimiento, a los dos individuos. Uno de ellos era muy joven, quizá no llegase a contar veinticinco años. Rubio, con los ojos grises.

El otro pasaría de los cuarenta y su aspecto, pese a la situación en que se encontraba, recordaba al de un arrogante león. Poderosa testa que hacía dos de la de su compañero, y la melena castaña, encrespada, con las sienes canas.

Ambos tenían las manos sujetas a unas argollas clavadas en la pared de roca, por encima de sus cabezas. Largos pelos cubrían sus barbas, demostrando que llevaban mucho tiempo encerrados en aquella mazmorra.

Porque lo era. Como las prisiones en los castillos del Medievo.

Sólo que aquella cueva pertenecía a un moderno edificio situado cerca de la orilla del Hudson, en la ciudad de Nueva York.

Las negruzcas paredes rezumaban humedad. Al otro lado de la entrada que ellos utilizaron se abría un hueco, cuyo suelo atravesaban unos estrechos rieles.

Hacía unos segundos que los ojos azules de Rubel se clavaban en Marión. Como si notase un contacto físico, el joven se volvió y le

observó. Y, una vez más, tuvo la impresión de que su anfitrión era un ser anormal, un loco lógico, si era posible la existencia de un ser así.

El poderoso gángster era alto, de cuerpo atlético. La cabeza, de factura noble, con una frente despejada, la nariz aguileña y los ojos un tanto saltones, cargados de viveza, de intensidad vital.

Se echó a reír al verse examinado por Mandly.

Bien, muchacho —descubrió el secreto de su risa—, veo que no te atreves a confesarme lo que piensas acerca de mí. Consideras que soy un loco, un loco que lleva a la práctica sus desquiciadas ideas. ¿No te has parado a considerar alguna vez si la demencia no estará en el hombre que se resigna, en el que carece de audacia y voluntad para traducir en actos reales sus ensueños?

Repetió sus carcajadas. Malón giró levemente la cabeza. Y arrojó una ojeada a Zeke el «Rojo», guardaespaldas del dueño de la casa. Su nombre venía del pelo intensamente colorado, como si le hubiesen volcado sobre la cabeza un frasco de tinta bermellón.

Se decía que eran varias las muertes que tenía a su cargo, y alguna que otra fechoría más, como violaciones, estupros, tráfico de drogas...

Marión —continuó Rubel su disertación—, la materia humana no es menos moldeable que el barro para hacer una escultura. Hasta se puede afirmar que más, porque es materia sensible y se le puede tratar sin recurrir al contacto físico. Por ejemplo, el caso de estos dos hombres. ¿Por qué aguantan?

Resultaba un tanto grotesco observar al gángster, embutido en un «*smoking*» perfectamente cortado, en aquel lugar, y hablando de semejante forma.

Es extraordinaria —le oyó decir Marión— la disociación existente entre el espíritu y la materia. El primero se nutre, principalmente, de literatura y en el medio también literario en que se mueven las personas se comportan conforme a principios inmateriales, abstractos, y son valientes, honradas, leales... Pero eso ocurre porque casi nunca se produce el hecho real, auténtico, que actúa sobre la carne, sobre los sentidos directamente. Así, por ejemplo, el hombre casto pocas veces tiene ocasión de comprobar la fuerza de su castidad, y el incorruptible, su desistencia al soborno..., porque no existen en sus vidas los hechos contra los que

se defienden.

Ahora Marión le escuchaba con atención, visiblemente interesado. ¿Qué trataba de justificar aquel hombre?

Pero ahora verás, Marión, cómo estos hombres que tan heroicamente aguantan, dejan de hacerlo. Te brindo este espectáculo, muchacho.

El gángster alzó un brazo. Dos hombres se adelantaron en la sombra cercana a la puerta.

Soltadlos —ordenó— y llevadlos a la otra cámara.

Se volvió a Marión para explicar:

Es un experimento de fortalecimiento, como el baño que se da a ciertos metales para hacerles adquirir nueva dureza. En esa otra cámara tienen cuanto pueden desear de comestibles, de comodidades y bellas chicas que les atienden. Se les deja un cierto tiempo y, en seguida, se les trae de nuevo aquí.

Sus carcajadas atronaron esta vez en la cavidad subterránea.

Parece como si el permitirles saciar el hambre y la sed y sus otros deseos fuera suficiente para hacerles resistir aún más. No lo creas. Ellos están dispuestos a padecer el máximo de tortura siempre que sea continuada. La repetición del martirio es lo que les enloquece.

Sus secuaces habían soltado a los dos hombres. Fue el joven quien dio la suelta a sus sentimientos. Se atropellaba al hablar, arrojando espuma, pero, aun así, se le entendía claramente.

¡Asqueroso mono sarnoso! —Inició la rociada de insultos—. Si piensas que vamos a dejar que nos manejes a tu antojo, para tu diversión, estás en un error. Pronto serás descubierto.

Su compañero, que a juzgar por su corpulencia y aspecto debería ser el más fuerte, dio señales de intranquilidad.

—Calla, Tave, calla —se esforzó en calmar al otro—. Piensa que...

El rubio se revolvió contra él.

—¡Maldito traidor! —Escupió—. Tienes demasiadas mantecas, puerco, eso es lo que te ocurre. Preferiría verte muerto antes que así.

—No sabes lo que dices, muchacho. Es mejor conservar el pellejo, que no hacer de héroe con un hombre como éste. ¿Quién te agradecerá tu actitud?

Marión les oía experimentando en su interior una sensación extraña, de fuego y helor al mismo tiempo. Se daba cuenta de que aquello era una prueba a que lo sometía Rubel.

Sus jefes, sospechando que Rubel se dedicaba también al espionaje, le encargaron que se dejara sobornar por él, que fingiera estar de acuerdo en sus métodos, e incluso, para probárselo, que actuara dentro de la línea criminal.

Pero desde que el joven entró en relación con el gángster tuvo casi la certeza de que Rubel conocía dicho plan y que aceptaba el riesgo con la seguridad de vencer.

Rubel, desde luego, no era un criminal corriente. Había estudiado leyes y provenía de una familia de la buena sociedad. Sin duda, poseía un cerebro bien organizado y hasta quizá demasiado bien organizado. Y una dialéctica fácil, arma terrible con la que envolvía a sus interlocutores, llevándolos a una serie de deducciones lógicas para descubrirles luego que todo era falso.

Pero lo peor era saber que Milton Rubel se reía de sus esfuerzos, que le trataba como a un sujeto de experimentación. Como en aquellos momentos en que le enfrentaba a la experiencia de dos agentes sometidos a un refinado tormento.

—¡Vamos! —ordenó la voz del gángster—. Conducidlos de una vez a la otra cámara.

Los dos bandidos empujaron a los agentes hacia la salida. Y fue en aquel momento cuando el joven dio un salto y se precipitó contra el que tenía más cerca.

Se originó una pelea. El rubio, pese a su cautiverio, era fuerte y sabía manejar los puños. Azotó con terrible violencia el rostro del gángster y lo despidió hacia un rincón.

Fue tras él y se le echó encima. De repente, se separó con otro salto y apareció empuñando en su mano derecha un revólver 38, con el que encañonó a los presentes.

—Y ahora, ¿qué? —gritó casi—. ¿Dónde están sus cámaras de tortura, eh, Rubel? Un trozo de plomo y se termina todo su truco.

—Muchacho, muchacho... —previno el de más edad, que no había hecho intención de ayudarlo y menos de escapar.

—¡Cerdo! —Denostó el rubio—. ¡Cerdo cobarde!

Zeque el «Rojo» no se había estremecido. Pero Marión, que lo vigilaba, descubrió que su mano derecha se iba escurriendo

lentamente hacia la axila del lado contrario.

Aquélla era una situación nueva, imprevista, y así lo creyó el agente del

F. B. I.

Desde luego, el rubio tenía tantas probabilidades de escapar bien como un pollo en una reunión de náufragos.

—Atiende, muchacho —dijo Rubel que, aunque en tensión, aparecía sereno—. No creo que seas tan loco como para suponer que puedes escapar. Conseguirás derribar a un par de nosotros, pero enseguida caerías acibillado. Fuera de aquí hay muchos más hombres, y tú lo sabes.

—¡Cierra tu boca, tiburón! Me importan un rábano tus argumentos. Tengo una pistola y voy a empezar a utilizarla. Me tendré por muy satisfecho si me llevo a ese par que dices por delante, y eres tú quien encabeza la lista.

—Tave, muchacho —se elevó, suplicante, la voz de su compañero.

Hasta Marión experimentó una gran repugnancia por aquel hombre. ¿Cómo era posible perder la dignidad de tal modo?

—¡Maldito seas, y mil veces maldito seas! —Le arrojó Tave como si le echara trapos sucios a la cara—. ¡Calla y arrástrate! Luego te harán beber mi sangre, puerco.

Empuñó con más fuerza el pesado revólver. Lo apuntó contra el gángster. Marión saltó en aquel momento. Fue un brinco espectacular que le hizo atravesar la distancia que le separaba del rubio.

Chocó contra él y le despidió como si le hubiera corneado un búfalo. El joven se estrelló contra la pared y rebotó yendo de nuevo junto al agente del

F. B. I.,

quien recobró la vertical y le asestó un derechazo a la barbilla.

El desenlace había sido rápido. Marión, considerando lo de vil que había en su acción, pero disculpándose por la necesidad de conservar su papel cerca de Rubel, se inclinó sobre el rubio y le arrebató el arma que no había soltado de entre los dedos.

Y giró para encararse con el poderoso «boss». Se asombró al ver la mirada que el otro le dirigía, cargada de ironía, como si le divirtiera grandemente lo sucedido.

—¡Bravo, muchacho! —le felicitó Rubel—. Te debo la vida..., aunque no sea más que por tu buena intención.

—¿Qué quiere decir?

Rubel hizo una señal al segundo bandido que aún sujetaba al prisionero de mayor edad.

—Basta ya —dijo—. Ha sido una representación perfecta. Podríais ganaros la vida muy bien en cualquier teatro de Broadway.

Ante el estupor de Marión, el bandido soltó al otro, que se irguió y plasmó en su ancho rostro una sonrisa de complacencia, perdiendo por entero su aire acobardado y claudicante.

El rubio se incorporaba también.

—¿Sabe que pega fuerte, amigo? —se quejó.

De repente, Milton Rubel comenzó a reír. Era una risa especial, hueca, como para un público interior. Se notaba que aquel hombre creía estar por encima de todos sus semejantes.

En medio de las carcajadas, explicó a Marión:

—Muchacho, he comprobado que puedo confiar en ti plenamente. Perdóname, pero era necesario que conociera tus verdaderas intenciones. ¡Te hubiera sido tan fácil aprovecharte de la ocasión y ponerte de su parte!

Aún estuvo un rato riendo. El bandido a quien el rubio había golpeado se repuso igualmente y se unió a los demás. Marión se recobró de su asombro, aunque no de la inseguridad que aquello le produjo. ¡Conque todo había sido una farsa preparada para que probara su verdadera condición! ¿Y cuál había sido el resultado?

—No me ha gustado eso, Rubel —declaró con firmeza, pues no le gustaba el resbaladizo terreno que pisaba—. No solamente lo he hecho por salvarle el pellejo, sino también para evitar que ese pobre diablo perdiera el suyo.

Rubel dejó de reír, aunque la luz humorística no se fue de sus ojos.

—Así lo he creído. Marión —admitió y su tono parecía sincero—. Otra cosa no hubiera estado de acuerdo con tu carácter. De todas formas, creo que tú y yo nos entenderemos. Vete ahora al salón con los otros invitados a la fiesta y ya me reuniré contigo. Quizá te ponga en antecedentes de algo que te agrade.

Marión inclinó la cabeza asintiendo.

—Está bien —expresó—. Pero, repito, que no me gustan estas

bromas. ¿Qué hubiese sucedido si en lugar de los puños me dedico a usar mi revólver?

Se volvió a contemplar a los actores de aquel pequeño drama.

De todas formas, uno mi felicitación a la del jefe. Y celebro que no sean verdaderos prisioneros.

—Gran verdad —intervino Rubel—, pero bastaba conocerme, para saber que esto no podía ser sino teatro.

Repitió sus sonoras y falsas carcajadas. Marión quiso sonreír, pero estuvo seguro de que fue una mueca lo que apareció en sus labios. Y se dirigió a la salida. Al cruzar por delante de Zeke el «Rojo», comprobó que el individuo seguía sin alterarse.

Tuvo deseos de golpear aquel rostro estirado como se tienen ganas de pintarrapear en una valla pintada de blanco. Quizá Zeke tampoco fuera ya de aquella época, sino residuo de otra próxima donde el pistolero era un miembro importante de la sociedad.

Siguió el largo pasillo camino del salón. Y cuando se había separado unos cincuenta pasos, aún llegaba a sus oídos la risa del gángster. ¿De qué se reía o de quién?

CAPÍTULO 2

El salón estaba profusamente iluminado. Y la piel satinada de los escotes y espaldas de las mujeres, así como las blancas pecheras de las camisas llevadas por los hombres, actuaban como reflectores y acentuaban la luminosidad. El aire acondicionado disolvía el humo de los cigarrillos.

Marión sentía aún en sus oídos la risa de Milton Rubel, aquella risa de superioridad, de desprecio a sus semejantes.

Cierto que la prueba había resultado bien y que tal vez aquello le facilitase su trabajo. Pero el joven no podía olvidar la terrible sensación de ser un muñeco, un juguete en manos de otro hombre.

Marión había experimentado en muchas ocasiones una cierta preocupación acerca de sí mismo, al juzgarse en exceso refinado mentalmente.

En tanto reflexionaba, se entretenía observando a la abigarrada concurrencia. Viendo a las personas aquellas era difícil aceptar que existiesen la miseria y el dolor, y que en cualquier momento todo se transformara y estallase como una pompa sangrienta.

Contempló, una vez más, a la alta muchacha de los ojos azul-grisáceos y el pelo rubio-ceniza. Poseía un aspecto extraño, enigmático, que aún volvía más deseable su espléndida hermosura.

Con la copa de champán en la mano izquierda y una larga boquilla en la derecha, atendía a la charla de un hombre bajo, moreno, y de ojos saltones que parecían iba a salirse de sus órbitas y colarse por el amplio escote que lucía ella.

De repente. Marión se alertó. Acababa de ver aparecer a Rubel por un extremo del salón, en compañía de otro hombre, un sujeto de mediana estatura, cutis sonrosado y cabellos blancos, plateados.

Rubel hizo una seña al joven. Y se encaminó, cruzando por entre

los invitados, hacia una puerta disimulada bajo gruesas cortinas de rojo terciopelo. Marión, arrojando el cigarrillo que fumaba, fue en aquella dirección.

Al cruzar por delante de la rubio-ceniza, tuvo ocasión de contemplar sus ojos de frente. Y se estremeció. Allí no había vida, o mejor, había una vida congelada, conservada aparte de los sentimientos y pasiones de las demás personas.

Sintió que ella le estaba viendo, mirando, pero desde algún lugar remoto, inaccesible. Hacía tanto aprecio de su acompañante como del artesonado del techo.

Marión penetró en un despacho que nada tenía que envidiar al de cualquier dictador. Una monumental mesa de palo rosa, en un lado, establecía las distancias justas del cuarto. Unas estanterías y un armario en las paredes, de las que colgaban cuadros de Miró, Matisse, Gris y Picasso.

En la estancia se encontraba, aparte de Rubel y el hombre del cabello plateado, otras tres personas. Una de ellas, una rubia embutida en un vestido rojo que parecía una segunda piel de tan ajustado a sus impresionantes formas.

Estaba sentada, con las piernas cruzadas, jugando su mano derecha con una cadenita que se deslizaba por entre la mórbida hendidura de los senos. Era tan llamativa como el anuncio de un «rodeo» en el Oeste.

A su lado, le daba sombra protectora un alto y huesudo sujeto, de faz lunar por la blancura de la tez y estar picado de viruelas. Ojos y lo que le quedaba de pelo, negros.

El sexto miembro de la reunión era un jovencito, de pelo rubio ensortijado, y con ojos azules de mirar absorto, de miope. Ellos, todos vestían «*smoking*». Al entrar Marión, Milton se volvió hacia él y dijo:

—Y aquí tenemos a nuestro hombre. Marión Mandly será quien se encargue de esa difícil y arriesgada operación.

La rubia sonrió y efectuó un movimiento con las piernas, que lucieron esplendorosas. Los demás la contemplaron con la atención de espectadores en un teatro de marionetas.

Marión se sintió satisfecho. Rubel estaba decidido a confiar en él y seguramente iba a conocer en aquella reunión el secreto que tanto apasionaba al

F. B. I.

y por el que él jugaba aquel difícil papel.

—Éste es Duncan Mannister, Marión —presentó el dueño de la casa al hombre del pelo blanco—. La señorita Nancy Pratt, mi asesor jurídico Homer Gray y Preston Barret.

El asesor era el de la cara redonda picada de viruelas. Se inclinó ligeramente en tanto los ojos escrutaban fríamente al recién llegado. Por su parte, el jovencito se limitó a insinuar una media sonrisa, y continuó persiguiendo con la imaginación moscas en el espacio.

—Mannister —amplió su presentación Rubel—, es consejero y principal accionista de la «Bond Stag Company», dedicada a la fabricación de toda clase de vehículos. Intervino activamente en la pasada guerra y ahora dedica una gran parte de su esfuerzo a la realización de proyectiles dirigidos y autopropulsados. Preston Barret es su principal proyectista, un verdadero experto por el que daría cualquier nación varias veces su peso en oro.

El rubio apenas se impresionó por aquella alusión tan halagüeña.

—¿No quiere beber, Mandly? —propuso el asesor jurídico que se movilizó hacia un rincón donde se alzaba un completo y pequeño bar.

—Sí, un «bourbon».

Hubo una larga pausa en que todos se dedicaron a examinarse y a beber sus combinaciones. Desde luego, Nancy era un soberbio ejemplar femenino, pensaba Marión. Un tipo de mujer poco corriente, que sólo se encuentra entre las estrellas de cine o las espías clásicas de la primera guerra mundial.

El pelo tenía reflejos bronceos en algunas partes. Los ojos eran pardos, más bien, dorados, y refulgían como crisoles fundiendo oro. Se le notaba poderosa, llena de vitalidad, estallante.

Rubel tomó de nuevo la palabra. Sus ojos conservaban el brillo humorístico.

—Muchacho —la voz del dueño de la mansión adquirió mayor intensidad—, existe un tabú en cuanto se refiere a la información de tipo militar o simplemente industrial a las naciones que se tienen por enemigas. Incluso, se extiende esa prohibición a las que se consideran aliadas. Por ejemplo, casi toda la gente supone que no existe más que espionaje ruso de una parte y de las naciones de

Occidente del otro. Pero la verdad es que los franceses, los alemanes y los italianos, por no citar más que a unos cuantos, se despepitan por conocer los adelantos científicos de nuestro país. Y no les importa pagar por cuanto estimen que es aprovechable.

Insensiblemente, había ido moviéndose Rubel hasta quedar en un punto equidistante de todos los reunidos, que se volvían para mirarlo.

El fondo del asunto por el que estamos aquí, es éste, Marión. Preston Barret ha ideado un tipo de proyectil balístico que deja muy atrás todo lo hasta ahora alcanzado en ese terreno. Los círculos especializados en esa materia y el Departamento de Guerra conocen el trabajo que venía realizando, pero no que ha ultimado ya sus planos. ¿Comprendes? Es un detalle que en la bolsa de las naciones puede significar mucho. Nosotros tenemos una oferta, una magnífica oferta.

Y bruscamente formuló la pregunta trascendental:

—¿Qué opinas tú, Marión, que debemos hacer?

El joven parpadeó nerviosamente, como si despertara de un sueño. Era demasiado bueno aquello para creerlo. Milton Rubel se le entregaba con los pies y manos atados. Pero estaba seguro de lo que el otro deseaba oír.

—No me importan las razones morales del caso, Rubel —expresó con voz firme—, pero considero que no vale la pena la posesión de tanto dinero si no es para disfrutarlo aquí. Y lo veo muy difícil si tal operación se lleva a efecto.

—Buena objeción, muchacho —aprobó el dueño de la casa—. Tan buena que me obliga a confesarte la verdad de todo esto. No he pensado nunca vender un secreto de tan vital importancia para nuestro país a ninguna nación.

Aquello cogió desprevenido a Marión que hizo un movimiento instintivo echándose hacia adelante.

—No comprendo —murmuró.

Rubel se puso a reír. Nadie le secundó, pero eso no cohibía al poderoso bandido.

—Me hago cargo de tu desconcierto —aseveró cuando las últimas ondas hilarantes se amortiguaron—. Pero lo entenderás enseguida. Es verdad que Preston ha concluido sus ensayos en relación con ese proyectil. Es verdad también que Mannister es el

director de la Compañía donde se han celebrado las pruebas. Y también es cierto que Nancy Pratt es... conocida de cierto agregado militar de la embajada de un país amigo, pero que no duda en ofrecer varios millones de dólares por la adquisición del invento.

Dejó escapar una última risotada.

—Y tú eres agente del

F. B. I.,

Marión. Son todos los elementos precisos que necesitamos para montar una venta simulada.

Marión compuso en su rostro una débil sonrisa.

—¿Quiere decir que no se entregarán los planos auténticos?

—Exactamente. Se entregarán unos planos auténticos, pero de un modelo que ha fracasado y que ha sido desechado. El país a que me refiero no lo sabe y procederá a su realización una vez tenga la información científica en su poder. Pero cuando compruebe su ineficacia ya habrán pasado varios años y no creo que se atreva a reclamar.

Después, Marión oyó todo el desarrollo de la brillante idea de Milton Rubel. Desde luego, no era aquello lo que sospechaba el

F. B. I.

Cierto que constituía un delito cualquier clase de información a cualquier tipo de potencia, con la que no hubiese un convenio de intercambio previo, pero el engaño a que se refería Rubel no podía considerarse propiamente como «traición».

Y, sin embargo, el joven estaba seguro de que la había, de que el retorcido cerebro del bandido ocultaba algo.

Su papel se reducía a intervenir en un momento dado, cuando la rubia explosiva y el agregado militar que iba a concertar la compra se reunieran con Barret en el departamento de un hotel.

Tendría que dejarse reducir, fingiendo que quedaba inconsciente, para dar ocasión a que le registraran y se comprobara su condición de agente. Aquello haría, todo según Rubel, que el agregado militar procurase salir del país cuanto antes con su preciado tesoro, convencido de haber servido a su nación dignamente.

Marión, por su parte, podría elevar un informe detallado al Federal Bureau of Investigation dando cuenta de haber abortado un intento de espionaje.

El asunto no podía ser más sugestivo. Y perfectamente realizable. Los únicos puntos que fallaban eran precisamente las personas. ¿Cómo era posible que Duncan Mannister se expusiese a una cosa así? ¿Y que Preston Barret arriesgase su carrera? Porque, de descubrirse, y aun contando con que era una estafa de altos vuelos internacionales, no quedarían libres.

No quiso pensar entonces más sobre aquello. Pero tendría que aguzar su inteligencia o de lo contrario quedaría enredado en una malla tan tupida como las empleadas en el copo por los pescadores.

Al terminarse la reunión, expuesto con todo cuidado el plan a seguir, Rubel retuvo a Marión en el despacho cuando los demás salieron.

—Oye, muchacho —dijo y cambió prodigiosamente su aire afectado, se superioridad, tornándose en íntimo y protector—, no estés preocupado. Si piensas suficientemente en el asunto, todo se reduce a ser más pillo que los demás.

—No me preocupa eso, Rubel. Pero no acabo de creer que un individuo como Mannister se preste a semejante juego.

El Gángster asintió con un enérgico movimiento de cabeza. De una cajita de plata de sobre la mesa tomó un cigarro habano y procedió a encenderlo.

—En efecto. Estaba seguro de que te llamaría la atención. Duncan Mannister es viejo amigo de mi casa. Marión. Arruinó a mi padre y a mí me arrojó de un empleo que tenía en su Compañía como si fuese un apestado, todo porque había pretendido convertirme en su yerno.

Exhaló unas volutas de humo y clavó la dura mirada en el espacio.

—Pero los hombres, como ya te he demostrado, son las criaturas más débiles de la naturaleza. Hay una enorme distancia entre el poder del intelecto de cualquier empleaducho y su energía física. Si hubieran de corresponderse, los hombres serían gigantes poderosos dotados de fuerza y vigor incalculables. Duncan Mannister es un ser débil, pese a haberse elevado de la nada a su puesto actual.

Ahora, Rubel contempló directamente a Marión. Y éste le vio tal como era, duro, implacable, rencoroso.

—La debilidad de Mannister son las mujeres, Marión. Puede decirse que ésa es la debilidad más corriente, lo que demuestra que

la mujer es una gran fuerza para quien sepa emplearla. Mannister es casado y tiene tres hijos, pero no se ha contentado con ello. Y cometió en cierta ocasión una imprudencia.

—Ya.

—Aparte de eso, últimamente ha perdido mucho dinero, y le vendrán bien los dólares de esta operación.

—¿Y Barret?

—Barret hará cuanto quiera Mannister. Está loco por una hija de él y ella le ha hecho el oportuno «lavado cerebral».

Recuperó su aire de dominio, de estar por encima de sus semejantes. Y se echó a reír.

—Ahora, procura divertirme, muchacho —aconsejó con una amistosa palmada—. Y piensa que la vida de un hombre no dura más que el viaje en el vehículo más rápido a la estrella más cercana. Es preciso gozar de las cosas en lugar de comprenderlas, o de lo contrario se corre el riesgo de conocer la verdad cuando ya es tarde para disfrutar de ella.

Salió del despacho con la sensación que jugaban con él, de que el maldito Milton Rubel adivinaba cuanto pensaba o podía pensar y le tenía la respuesta preparada.

En el salón, la fiesta continuaba en todo su apogeo. Bellas mujeres, hombres elegantes, el «whisky» y el champán caldeando las entrañas.

Marión cerró los ojos por un momento. E inspiró hondo. Su ventaja era que había conocido aquella parte de la humanidad desde pequeño y se creía inmunizado contra su seducción.

Al abrirlos, todo seguía igual, pero sus ojos captaron la presencia cerca de él de la rubio-ceniza. Y le estaba mirando, o, por lo menos, se notaba enfocado por las enigmáticas pupilas. La joven se acercó y empezó a hablarle:

—Por favor —susurró y entonces sus ojos azul-grisáceos expresaron ansia—. Por favor, quiero hablarle.

Marión inclinó la cabeza ligeramente. Y se encaminó hacia un rincón despejado de gente.

—Dígame lo que sea —habló fijándose con intensidad en él.

Decididamente era hermosa. Con una hermosura fría, de estatua, pero quizá por ello más atrayente.

—Usted ha entrado ahí —principió ella, expresándose

entrecortadamente—. Ha estado con ellos.

—No sé a qué se refiere.

—¡Oh, sí! Le he visto entrar después que los otros. Tenga cuidado. Le mezclarán en algo sucio. Estoy segura.

Empezaba a tener coherencia. Sin duda, aludía a Rubel y los socios que participaban con él en la empresa de vender un modelo de proyectil balístico. Claro, que Marión no podía darse por enterado.

—Lo siento, señorita —manifestó—. Imagino que ha debido confundirse.

—¡No me mienta! —exclamó la rubio-ceniza denotando cierto fuego por vez primera—. Mi padre ha entrado también, Yo soy Leticia Mannister, y me consta que mi padre está siendo víctima de algo horrible. Ese hombre... ese hombre...

Marión no llegó a enterarse de quién iba a mencionar. Lettie retrocedió un paso, con el semblante blanco, y los ojos abiertos al máximo, y luego giró sobre sus pies apartándose de allí sin prisa.

Sin apresurarse. Marión torció ligeramente el cuello para mirar por sobre su hombro. Incluyó la cabeza fingiendo que encendía un cigarrillo.

A unos diez pasos, distinguió a Zeke «el Rojo» que le contemplaba con su rostro tenso, rígido, y los ojos de iris tan duros como el pedernal. Cambió inmediatamente la dirección de su mirada, pero el joven supo que le estaba vigilando.

Se preguntó la razón de que la hija de Mannister le hubiera abordado de aquella forma. Todo era demasiado complicado, pero de algo estaba seguro: los propósitos de Rubel no eran los que declaraba.

De repente, descubrió a Nancy Pratt que charlaba con un apuesto individuo. Al pronto. Marión supuso que era cheposo hasta que se fijó en donde clavaba los ojos. La exuberante rubia continuaba jugando con la cadenita.

Le sonrió y Marión le hizo un gesto, pero no se paró. No era aquél su tipo de dama. Nancy debía ser una mujer según el patrón confeccionado por cierta literatura, o sea, totalmente femenina, ignorante de toda cosa que no fueran hombres, perfumes, pieles y vestidos, por aquel orden.

Ya en el «hall». Marión giró la vista a su alrededor un tanto

sorprendido. Estaba desierto. No le molestó en absoluto la cosa, prefería que fuera así.

Despaciosamente lo atravesó, procurando registrar cualquier sonido o presencia. A su derecha estaba la entrada de la terraza que daba sobre el jardín. Entró en ella y se deslizó en la sombra hacia la escalinata.

Inició un silbido, como si entonara una melodía. Entonces, alguien se destacó de la masa sombría de un bosquecillo de laureles y fue a su encuentro.

—¿Percy? —bisbiseó Marión.

—El mismo.

—Atiende —se inclinó sobre su hombro—. Quiero que vayas al Departamento y comuniques allí con Hoover. Dile que todo marcha bien y según nuestros planes.

—¿Entonces...?

—Nada. No hay peligro por ahora. Rubel juega sus cartas, pero no creo que se arriesgue a nada serio. Márchate, Percy, y haz lo que te he dicho.

Sin otra palabra, ambos hombres se separaron. Marión volvió al interior de su casa y comprobó que continuaba el «*hall*» solitario. Pasó al salón donde se celebraba la fiesta.

CAPÍTULO 3

Percy Lemon saltó un seto de regular altura y se dirigió a buen paso, hacia el aparcadero, dentro del parque que rodeaba la mansión de Milton Rubel.

Se aproximó a un Dodge azul de cuatro puertas y fue a abrir la delantera del costado derecho. Justo cuando su mano rozaba la manivela sintió que algo duro se apoyaba en el centro de su columna vertebral.

—Camine, amigo —llegó a sus oídos una voz ronca, dificultosa —, y no trate de mirar hacia atrás.

Percy estuvo seguro de que no era un dedo lo que le hacía cosquillas en la espalda y se portó dócilmente. Paseó hacia donde el otro le señalaba.

Se introdujo por una senda de plátanos, donde la luz de la avenida principal quedaba notablemente reducida.

—Deténgase —gruñó el desconocido.

El agente del

F. B. I.

obedeció. Transcurrieron unos segundos en que la presión de la pistola sobre su carne aflojó y desapareció luego.

—Venga —oyó de nuevo—, siga andando.

Un sexto sentido previno a Lemon. En tanto tuvo pegado tras él a su enemigo confiaba en que no le dispararía. Pero aquella otra maniobra, de quedarse rezagado, estaba bien clara.

Con fulminante rapidez saltó a un lado y se tiró al suelo. Sonó como un taponazo y algo silbó junto a su cabeza. Lemon se arrastró unas pulgadas en dirección a unos arbustos —rosales parecían— y otra vez quebró el silencio de la noche una seca detonación.

Pero ahora el proyectil no se perdió inofensivamente, sino que

se hundió en la espalda del agente. Por dos veces más sintió cómo el plomo atravesaba su cuerpo. Se retorció en el intento de apartarse y consiguió dar la vuelta, quedando de cara al cielo, con los ojos abiertos.

Su asesino se aproximó y lo contempló durante unos instantes. Luego, sintió el ruido de pasos sobre la arena de la senda, y se introdujo con rapidez entre los arbustos, desapareciendo del escenario.

La figura de un hombre alto, de hombros separados, hizo su aparición en el extremo de aquel camino. Caminaba con una especial manera de apoyar las puntas de los pies, rápido, seguro y silencioso como un gato que va a robar la carne del puchero.

Antes de acercarse al caído, giró la cabeza a los lados y escrutó entre el follaje. Duró un segundo su examen, y, en seguida, fue junto al agente y se arrodilló. Lemon tenía los ojos abiertos y fijos y una inmovilidad tal que podía establecerse con toda probabilidad que era un cadáver.

Pero cuando el desconocido se inclinó sobre él, los músculos de la cara se contrajeron y los labios se agitaron. El otro hombre pegó el oído a ellos.

—... Man... Mandly... Peligro... Saben que...

De nuevo quedaron rígidas sus facciones. Su auxiliador extrajo una pitillera y la abrió descubriendo que una de las caras era un espejo. Con una linterna-encendedor iluminó la azogada superficie y la aproximó a la boca de Lemon.

El cristal quedó limpio, sin que ninguna clase de aliento lo empañara. Entonces, el desconocido procedió a realizar otros movimientos. Registró con toda minuciosidad los bolsillos del muerto.

De uno de ellos tomó la credencial de agente del
F. B. I.

Permaneció unos segundos con ella entre los dedos. Y de repente, una idea atravesó por su mente como un abejorro fosforescente y multicolor.

No todo era azar en la presencia de Jaime Larfe Sandoval en aquel jardín y a la hora aquélla. Estaba allí por un interés definido y precisamente tras la pista de Marión Mandly.

Mucho tiempo había corrido desde que el joven latino inició la

investigación acerca de la muerte de su hermano, en el transcurso de la cual se convirtió en el personaje «Dago», terror del hampa y pesadilla de la policía.

«Dago» había conseguido, con ayuda de sus colaboradores «Trapos» y «Orejas», levantar poco a poco el velo del misterio que envolvía aquel suceso, que trajo la ruina a su casa y su propio encarcelamiento en los Estados Unidos.

Pero se enfrentaba con una singular organización criminal, cosa que había descubierto por una agenda que cayó en sus manos y donde el propietario de la misma relataba cómo había llegado a conocer el secreto de las reuniones de «los hombres de paja».

Consistían tales reuniones en diez vagabundos, sin oficio ni domicilio, a los que se citaba en un lugar determinado, el salón de un hotel, o el comedor de un restaurante. Conforme llegaban se les entregaba ropa adecuada, un antifaz y diez dólares.

Su misión se reducía a estar sentados alrededor de una mesa, cubiertos los rostros con los negros trozos de tela, y permanecer callados mientras el jefe o encargado del grupo de acción se presentaba a recibir las órdenes.

Naturalmente, uno de los diez enmascarados, era el enlace con el «trust» director o cabeza de la organización, aunque los otros no podían saberlo.

Aquellas reuniones de «hombres de paja» se multiplicaban por todo el país y los enlaces no podían conocer sino al inmediato inferior, y el último de ellos al que figuraba como el jefe del grupo de acción, o sea, los que llevaban a cabo las operaciones.

El procedimiento que siguió «Dago» para combatir semejante organización criminal era el ir eliminando los negocios que controlaban, y a los individuos que les servían en la lucha. Así fue acercándose, lento, pero seguro, a los hombres que tramaron el asesinato de su hermano mayor.

El padre de Marión Mandly tuvo que ver con ellos. Pero había muerto acribillado a balazos en una finca donde se refugió con varios secuaces y donde hicieron frente a la policía. «Dago» pudo adivinar la condición de agente del

F. B. I.

de su hijo y seguirle la pista hasta Nueva York.

Lo que convertía el caso en una auténtica vuelta de ruleta era el

encuentro con el agente del

F. B. I.

asesinado. No sabía de qué forma abordar al joven Mandly, y aquello le brindaba la oportunidad, no sólo de entrar en relación con él, sino de ayudarle.

Con decisión, se inclinó de nuevo sobre el fallecido Lemon y lo alzó entre sus brazos. Y como si apenas llevara peso, se deslizó con rapidez por la senda en dirección al aparcadero.

Se dirigió a un Edsel azul, con su típico morro de cerdito, y colocó en el interior el flácido cuerpo de Lemon. Y él pasó a ocupar el asiento frente al volante.

Arrancó silenciosamente y abandonó el parque por la amplia verja penetrando en la Once Avenida. Se deslizó por esa vía hacia el Norte hasta rebasar Central Park.

Detuvo el coche frente a su casa de dos plantas, cerca de Hayden Planetarium. Llevó el coche a su garaje en la parte posterior y dejó a su silencioso acompañante dentro, tendido sobre el asiento. Se encaminó luego hacia la puerta del inmueble.

Le abrió un diminuto sujeto, provisto de un cráneo terminado en punta y de dos orejas colosales. Por lo demás, poseía una faz buida, de ratón, y unos ojos redondos, negros que rodaban nerviosamente en sus órbitas.

—Jefe —dijo con voz chillona nada más ver a «Dago»—, esa nevera con célula fotoeléctrica es una maravilla. No acepta sino género fresco. Si se le acerca pescado en malas condiciones, por ejemplo, no se abre.

—Pues tendrá que dar cabida a un «fiambre» un tanto pesado —fue el comentario del joven latino—. ¿Y «Trapos»?

—Aún no ha vuelto, jefe.

—Bien, sígueme.

Pasaron a una amplia sala, mitad biblioteca y cuarto de estar, decorada en un gris claro, y con sillones de orejas en tono «beige».

—«Orejas» —dijo el joven, que se había situado en el centro, abierto ligeramente de piernas y con los brazos cruzados sobre el pecho—, durante unos días tendréis que perder el contacto conmigo. En mi puesto, deberéis tomar a un hombre llamado Percy Lemon...

La puerta de la biblioteca se abrió dando paso a un sujeto de

mediana estatura, anchos hombros y una faz tan arrugada que causaba la impresión de estar aprisionado en una red para cazar mariposas. Ojos negros y el pelo ídem, casi cortado a cepillo.

—... pero con una condición: nadie puede verlo.

—¿Por qué, Jaime? —inquirió el recién entrado.

—Porque está muerto, Boni.

—¡Pestes! ¿Y dónde piensas que lo instalemos?

—Ahí de vuestra astucia —concluyó «Dago»—. Tú y «Orejas» os la ingeniaréis. Yo he de desaparecer por unos cuantos días.

Boni, «Trapos» para sus amigos, realizó una serie de visajes que hicieron cambiar prodigiosamente su cara, igual que si se pusiera en rápida sucesión varias caretas.

—No es mal encargo, compañero. ¿Y dónde está ese pendejo que ha de ser nuestro huésped?

«Dago» le contempló con sus ojos pardo-verdosos, irradiantes, cargados de una energía humana formidable.

—Boni —pronunció con voz intensa, cargada de resonancias metálicas—, ese hombre ha muerto oscuramente, pero en el cumplimiento de su deber. Las últimas palabras que pudo articular fueron para prevenir del peligro que corría un compañero. Es un agente del

F. B. I.

y yo voy a ocupar su puesto.

—Comprendo. ¿Acaso...?

—Sí. Trabajaba de compañero con ese Marión Mandly con quien deseo entrevistarme. Aprovecharé así la ocasión y, de paso, llevaré a término la empresa de ese hombre. Tú conoces mis sentimientos acerca de la policía y sus métodos. Mas, por esta vez, rendiré homenaje a un agente integro y al cuerpo que representa. Yo seré el agente del

F. B. I.,

Percy Lemon.

Deshizo la quietud de su figura y se encaminó a la puerta. Se volvió desde ella y añadió:

—Ese cadáver, Boni y tú, «Orejas», ha de ser un huésped de honor. Y ha de conservarse incorrupto, detenido en su último momento, hasta que pueda elevar su informe definitivo a sus superiores. Entonces, se le podrá enterrar dignamente.

«Dago» abandonó a sus colaboradores y salió de la casa. Estaba seguro de que ambos hombres interpretarían adecuadamente su decisión.

«Trapos», el venezolano, poseía un ingenio fértil, a veces demasiado fértil. Y «Orejas», aunque su pasión por la mecánica y cuanto supusiese un adelanto técnico, obnubilaba con frecuencia su cerebro, no le iba a la zaga.

—¿Dónde ocultarías una sardina? —planteó «Trapos», una vez quedaron solos.

—¿Para que no la descubriese el gato o simplemente una persona?

—¡Peste! Tanto da.

—Me la comería.

—Eso demuestra tu espíritu grosero, parejo con el de tus compatriotas masticadores de chicle. No se trata de hacerla desaparecer, sino de ocultarla.

La cara de «Orejas» reflejó su desconcierto.

—Bueno —se dignó su compañero explicarle—, indudablemente donde una sardina puede estar escondida a los ojos de cualquiera es confundida en un montón con otras sardinas.

—¡Cuernos! Pues es cierto. ¿Quieres decir que debemos llevar ese cadáver al cementerio?

Las arrugas del rostro de «Trapos» compusieron el más extremado gesto de desprecio.

—Frío. Y no porque sea un cadáver. Has oído lo que nos ha pedido el jefe. Debemos conservarlo y mantenerlo tal como hasta ahora —y ya veremos en qué condiciones se encuentra—. ¿En qué sitios se conservan los cadáveres sin descomponerse?

Los ojos de «Orejas» brillaron de entusiasmo.

—¡En el depósito! Has tenido una gran idea.

«Trapos» denegó tristemente con la cabeza.

—Decididamente la televisión y los partidos de «rugby» han atrofiado vuestras meninges. Es cierto que en el depósito se conservan los cadáveres, pero no podemos llevar a nuestro huésped allí. Existe otro lugar donde se conservan los cadáveres y eso porque luego han de prepararlos de forma que aparezcan tal y como eran indefinidamente. No estamos lejos de ese sitio.

—¡Vaya! Podías haberlo dicho. Te refieres al Museo de Ciencia

Natural, al laboratorio de taxidermia.

—Justo. He tenido ocasión de conocer a un viejo preparador que trabaja allí. Desde luego, practican varios procedimientos para hacer que los animales muertos que les llevan no se descompongan, y el más eficaz es el embalsamamiento, cosa que hacen por medios químicos, previa la extracción de vísceras y del cerebro.

«Orejas» se echó hacia adelante, asomando a su afilada faz un gesto de incredulidad.

—¿No pretenderás que...?

—No. No lo pretendo. Otras veces, me lo ha contado mi amigo Sam Bergson que es el viejo de quien te he hablado, han de conservarlos por medio de la congelación hasta el momento de emplear con ellos las operaciones químicas precisas. Se valen para ello de unas cajas de acero tratadas a la galvanoplastia y que llenan con bloques de hielo de ácido carbónico.

Por fin, «Orejas» pudo enterarse de la peregrina idea de su amigo. Consistía en hacer ver al tal Sam Bergson que en la casa se les había muerto un oso pardo, en ausencia del dueño, y que hasta su vuelta era preciso que lo conservaran tal y como estaba. Conseguirían que les facilitase una caja de aquéllas. La compra del hielo a base de ácido carbónico no suponía dificultad porque comercialmente se vendía para muchos usos.

El pequeño colaborador de «Dago» arrugó la nariz y movió sus apéndices auditivos en gesto de desaprobación.

—No me convence —expresó.

—Bueno, propón tú un plan mejor. Y recuerda que no podemos perder tiempo. Ya hemos empleado demasiado en discutir esto. Mientras reflexionas iré al garaje y entraré aquí a ese hombre.

Dejó a su compañero y fue a cumplir la desagradable tarea. Antes negoció la adquisición de la piel de oso. En el garaje comprobó que «Dago» había tomado el «Rambler» color gris oscuro. Se acercó al «Edsel» y se asomó al interior.

Un rápido reconocimiento le indicó que el agente del
F. B. I.

llevaba muy poco tiempo muerto, cosa que convenía perfectamente al intento que iban a realizar. Se detuvo a contemplar las jóvenes, aniñadas facciones del cadáver.

El venezolano era hombre duro y pocas cosas herían su

sensibilidad, pero sentía un odio terrible contra el gangsterismo y sus métodos. Si estuviesen frente a él los autores o autor de aquel asesinato, no lo pasarían bien.

Con sumo cuidado trasladó el cuerpo inerte hasta el interior de la casa. «Orejas» le ayudó a transportarlo a la biblioteca donde quedó tendido sobre un diván.

—Le dispararon por la espalda —resumió su examen «Trapos»—. El perro que lo hizo se cuidó bien de rematarlo. ¿Has llegado a alguna conclusión?

—Sí, haré de oso —aceptó «Orejas», resignado, el ingrato papel.

Pues vete disponiendo un lugar en la habitación del fondo, ésa donde guardamos las maletas. Sácalas. Mañana por la mañana debemos realizar allí un completo trabajo hasta convertirlo en una cámara aislada por planchas de metal y con unos vaciaderos para el gas. En tanto lo haces, voy a entrevistarme con Sam Bergson.

—¿A estas horas? El Museo está cerrado hace tiempo.

—Sam Bergson efectúa en su persona un proceso de conversación por alcohol que asegura no será necesario a su muerte embalsamarlo. Utiliza un *whisky* irlandés de la más baja calidad para ello y yo sé dónde se lo procura.

«Trapos» marchó rápidamente al sitio aquél. Era una taberna del más típico ambiente, a espaldas del Museo. Era preciso descender unos escalones para entrar en el angosto espacio donde se servían los licores.

En un hueco, en el anaquel de detrás del mostrador, se veía un magnífico zorro plateado, encaramándose por un tronco y con la cabeza vuelta hacia los clientes. «El Zorro Astuto» se llamaba el local.

Sam, pequeño, arrugado y chupado como una pasa, departía con el dueño, un hombrón colorado y resoplante como un buey. El disecador guiñaba los pitarrosos ojuelos y los volvió hacia el recién llegado.

—¡Hola! —saludó cuando lo tuvo al lado—. Si es mi amigo Boni.

—Ponnos una botella de ese *whisky* barato, Stubg —pidió el venezolano—. Y tómate un vaso con nosotros.

—¿Es fiesta? —indagó, suspicaz, el viejo.

—Necesito ablandar tu correoso pellejo, Sam, y que me hagas un favor.

Entre vaso y vaso le expuso la cuestión.

—¿Un oso? Nunca me hablaste de él.

—Eso es lo peor del caso, Sam —asintió, contrito, «Trapos»—. Se trata de un regalo, el presente de un hombre a quien mi jefe hizo un gran favor. Y no ha llegado ni siquiera a verlo.

—¿De qué ha muerto? —quiso saber Stubb.

—Se tragó de una sentada un panal con abejas y todo —informó Boni—. Está un poco picado debido a ese detalle. Necesito conservarlo, Sam, aunque sólo sea por unos días.

Sam estaba borracho para aquel momento y aceptó sin dificultad la proposición. Es más, hizo algunas consideraciones de tipo sentimental al tiempo que trasegaba su décimo vaso, lleno de *whisky* irlandés.

—¡Pobre oso! ¡Querido oso de las montañas! Ningún oso debería morir, porque son buenos y dulces y recogen a los huérfanos que se pierden en los bosques... ¡Hip...!

«Trapos» fue con él al Museo y obtuvo que le dejara una de aquellas cajas especiales y que llamase a la fábrica que suministraba el hielo para que le sirviesen un pedido diario.

—Ven, Sam, y te mostraré al pobre Jimmy, que era como le habíamos puesto.

—En efecto, el preparador del Museo se personó en la casa alquilada por «Dago» para su estancia en Nueva York.

«Trapos» le condujo solemnemente al garaje y le mostró el cuerpo tendido del oso.

—Ahora le conduciremos al lugar en que permanecerá hasta la vuelta de mi jefe, Sam —explicó—, pero antes hemos querido que tú lo vieses.

—¡Diablos! —exclamó el buen Sam—. Juraría que ese oso es conocido mío.

Se inclinó sobre la cabezota del animal. «Orejas» que se hallaba en su interior accionó una pera llena de un líquido infecto y bañó la cara del viejo que retrocedió soltando una maldición.

—Se ve que aún le quedaba algo dentro —comentó Boni que hacía esfuerzos para que sus arrugas no danzaran al compás de la risa—. El pobre no pudo con tanta miel. Sam, es posible que cuando mi jefe vuelva decida encargarte que prepares a Jimmy para tenerlo siempre junto a él. Y te prevengo que mi jefe es generoso.

—Tendrá que serlo —arguyó Sam—, porque ese bicho está podrido. No creo que podáis conservarlo ni aún con el hielo.

«Trapos» acompañó al malhumorado viejo a la puerta de la calle. Y se frotó las manos satisfecho viéndole ir. Al volverse, respingó y dejó escapar una exclamación de susto. El oso estaba tras él y movía la cabeza. «Orejas» hizo funcionar de nuevo la pera y roció a su compañero.

—Lo siento —dijo a través de la abertura del pecho por el que asomó la nariz—. La miel se me repite.

CAPÍTULO 4

«Dago» penetró en la sala y captó con su aguda visión las variantes que hubiera podido haber. En apariencia, todo seguía igual, excepto el nivel alcohólico de los asistentes.

Distinguió a Marión Mandly que charlaba en un rincón con una rubia que echaba la cabeza hacia atrás para reír y poner de relieve al mismo tiempo la turgencia de sus senos y la suavidad y redondez del cuello.

El español se deslizó hacia allí, sorteando a varias parejas. Llegó a tiempo para recoger la observación que hacía el agente del F. B. I.

en relación con su compañera y las mujeres en general.

—... las mujeres son los seres más maravillosos y más contradictorios de la creación. Y eso es porque se ha construido sobre ellas un artificio colosal, que las hace sus víctimas y al mismo tiempo les otorga un poder fabuloso...

«Dago» se perdió la contestación de ella, porque en aquel momento vio salir por un extremo al dueño de la mansión. Le seguía un hombre alto y de rostro picado de viruelas.

Rubel giró la cabeza para mirar a su alrededor. Se fijó en Mandly y le hizo un leve gesto. A continuación, acompañado del otro individuo, se encaminó a la puerta de paso al «hall». Mandly se separó de la rubia y fue también hacia allí. Hubo el desplazamiento de otras personas, hecho de forma casual, pero «Dago» contó hasta una docena de individuos de ambos sexos que desaparecieron de entre los demás.

Dio unas chupadas al cigarrillo y lo depositó con todo cuidado en un cenicero en forma de unas manos unidas en actitud de recibir. Y marchó hacia el punto aquel.

Llegó a tiempo para ver desaparecer por una puerta situada tras unas cortinas a un individuo de pelo rojo y rostro de payaso.

«Dago» corrió hacia allí y se introdujo en una pequeña habitación, desnuda de muebles, salvo un bargueño y un par de sillas. Frente a la puerta que acababa de franquear se abría otra.

Cruzó el zaguán con su caminar seguro y cauto y traspuso aquella nueva entrada, encontrándose al inicio de un largo pasillo. Por un momento quedó desconcertado, ya que a derecha e izquierda se abrían varias puertas.

Un rumor al fondo del corredor le determinó a seguir. En efecto, allí se veía otra puerta, más pequeña que las anteriores, y, a juzgar por su estructura, el doble de gruesa.

Pero algo le detuvo. De pie, junto a ella, aparecía un hombre. Por suerte, tenía la cabeza inclinada en el acto de encender un cigarrillo y no notó su presencia.

Vestía un traje gris, corriente, aunque la chaqueta presentaba una amplitud anormal y una arruga característica bajo el hombro izquierdo. Por lo demás, su aspecto recordaba más bien el de un apacible tendero que el de un gángster.

«Dago» reflexionó rápidamente. Y producto de aquella reflexión fue el avanzar descuidadamente hacia donde montaba guardia aquel tipo.

Reaccionó con tanta celeridad que aún no había dado la primera chupada cuando ya le brillaba en la mano derecha la chata y poco armoniosa arquitectura de una «Browning» del calibre 25.

—¡No se mueva! —Gruñó.

«Dago» se paró, aparentemente indeciso. Hizo un gesto vago, para mostrar su estupor.

—Milton me dijo que...

Al hablar dio un paso. El vigilante levantó la pistola y achicó los ojos.

—¿Quiere que le abra un agujero, amigo?

Pero había dejado acercarse demasiado al español. «Dago» realizó un movimiento que sólo su agilidad y adiestramiento podían hacerlo posible. Y fue que se dejó caer de espaldas, pero lanzándose hacia adelante al mismo tiempo.

Propinó una formidable patada en las rodillas al otro y lo lanzó contra la madera de la puerta, que retumbó. La automática cayó al

suelo.

Casi al segundo, «Dago» se había incorporado y estaba junto al bandido. Incrustado su puño derecho en el diafragma y a continuación el izquierdo en el mentón.

El vigilante se echó en sus brazos como un náufrago al alcanzar la playa tras una semana de flotar sobre un madero.

Pero el joven no quiso correr riesgos innecesarios. La contundencia de sus golpes bastaba para tenerlo dormido un buen rato, más convenía apartarlo por todo el tiempo que durase su investigación.

Así que lo arrastró por el pasillo hasta la puerta más cercana de las que daban a él. Empujó el picaporte y comprobó que cedía.

Era una alcoba y a juzgar por los detalles que contenía, femenina. «Dago» arrojó sobre la cama, cubierta con una colcha azul, al dormido guardián.

Buscó luego en el tocador y se hizo con unas medias del más fino «nylon». Con ellas ató concienzudamente los pies y manos del bandido. Y metió otra por su cabeza, como un gorro, hasta los hombros.

Se dirigió entonces a la puerta. Pero cuando llegaba a ella sintió que alguien se acercaba por el otro lado y se inmovilizó. Con la sensación de haber sido cazado en una situación difícil, vio cómo el picaporte se movía.

El vivir de continuo en la aventura acaba por insensibilizar para las cosas extraordinarias. «Dago» volvió junto a la cama y se sentó en el borde de ella. Estaba seguro de que el visitante era la dueña del cuarto.

Y no se equivocó. En el umbral se personó una alta, esbelta joven. Cabellos rubios, de un rubio suave que se volvía gris en algunos puntos. Y ojos de un azul frío, como un «iceberg», también con un cerco acerado.

Contempló a «Dago» y al hombre tendido sobre su cama con el gesto de quien descubre en un bolsillo una reproducción exacta de la momia de Ramsés I en miniatura.

—¡Oh! —exclamó.

—Pase, no se quede ahí —alentó él, que había tomado un cigarrillo de su pitillera—. Seguramente éste es su cuarto.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es ese hombre?

—¿Y usted?

La muchacha echó hacia atrás la cabeza. De repente, «Dago» comprendió que había tocado una cuerda sensible en la mujer aquélla.

—Soy Leticia Mannister —declaró, dejando salir las palabras por entre los dientes apretados—. Invitada del señor Rubel.

Es una calamidad como otra cualquiera. Me he tomado la libertad de utilizar su cuarto, señorita Mannister, porque...

Se ahorró la explicación. Ella se había aproximado, tras cerrar a su espalda. Y se fijaba en el gángster con una expresión especial.

—Éste es Gory Lancewood —dijo.

Volvió la mirada hacia «Dago». Y por unos instantes estuvo fija, detallando al hombre. Lo que encontró en los ojos pardo-verdosos hizo que se sonrojara, cosa que la humanizó prodigiosamente.

—¿Por qué..., por qué lo ha traído aquí y lo ha atado de esta forma?

El español decidió correr un albur. Su fina percepción de los estados de ánimo en los demás le indicó que aquella mujer se sentía dominada por contrarias y fuertes emociones.

—El señor Rubel y yo —aseguró—, corremos en pistas distintas, aunque paralelas. Me interesan sus actividades y no precisamente para imitarlas.

Se había levantado y llevaba el cigarrillo a los labios en tanto examinaba a Lettie. Se asombró de la reacción que tuvo ésta.

Fue junto a él y le apoyó las manos en el pecho, sujetándole las solapas del *smoking*.

—¡Entonces, usted debe ser compañero de Malón, de ese joven que Rubel intenta utilizar para sus fines!

Aquello era mejor que lo que esperaba «Dago». Por alguna razón que aún no sabía, la rubio-ceniza estaba vinculada a los negocios del dueño de la casa.

—En efecto. Mi nombre es Percy Lemon, y Marión y yo fuimos juntos a la escuela.

—¡Usted es agente del

F. B. I.!

No lo dijo como una acusación, sino ansiosa de que fuera cierto. «Dago» no vaciló en arrogarse semejante filiación.

—Eso es. ¿Cómo lo ha adivinado?

Pero ella no contestó a la pregunta. Aún se acercó más. El joven apreció que era una mujer hermosa, con una hermosura algo fría, distante, pero completa y capaz de despertar pasión en cualquier medio.

—Prevéngale —hablaba con vehemencia, aunque con un registro duro, metálico casi—. Rubel es poderoso y jamás declara sus intenciones. Yo sé que domina a mi padre...

—¿Su padre es Duncan Mannister, el director de la «Bond Stag Company»?

La afirmación de Lettie fue tan enfática, que de nuevo el joven tuvo la convicción de que en aquel parentesco se ocultaba un misterio.

—Sí —pronunció con fuerza—. Y estoy segura de que Milton, de que Rubel, lo tiene dominado por algo. Y su compañero de usted acabará también enredado en sus mallas.

«Dago» calculó rápidamente. Existía la posibilidad de que todo aquello fuera falso y Lettie le tendiera una trampa. Pero decidió jugar a su número.

—Lettie —dijo y depositó el cigarrillo sobre el tocador—, si realmente quiere saberlo, le confesaré que mi presencia aquí obedece a comprobar eso mismo que me dice. Seguí a Rubel y a varios de sus invitados de esta noche que salieron del salón y han entrado por una puerta situada al fondo del corredor a que da esta habitación.

—Esa puerta conduce al «templo» de Rubel. Sólo pueden entrar en él los que están iniciados y se han sometido a su poder en algún modo.

—Yo necesito ir allí, Lettie. Y si he de salvar a Mandly... y a su padre, es preciso que cuente con algún aliado. ¿Podría confiar en usted?

La miró con intensidad. Y se asombró de que ella retrocediera un paso y le arrojase una mirada de horror y, en seguida, un rubor violento invadiera sus mejillas.

—Sí, desde luego —afirmó—. Debe confiar en mí. ¡Yo odio a Milton Rubel!

Respiraba ansiosamente. Luego, en una brusca transición, volvió al lado de él. En los ojos se le había encendido una luz especial, como si acabase de revelársele algún extraordinario misterio.

—¡Usted confiará en mí! Yo seré su aliada. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que no le importa nada..., nada?

El cerebro de «Dago» estableció ciertas conexiones. No era un frío analista de las mentes de los demás, pero de forma instintiva reconocía la situación por la que atravesaban y hasta podía adelantarse a sus pensamientos.

—Lettie —expresó tomando a la mujer por los brazos—, no me importa nada eso que a usted tanto la atormenta. Me basta haberla estudiado unos momentos para juzgarla una gran mujer, digna de que cualquier hombre ponga su suerte en sus manos. Y no creo que tenga que aclararle lo mucho que me gusta.

La atrajo contra sí. Y la besó. Ella cerró los ojos.

—Lettie —la sacó «Dago» de su ensimismamiento—, quiero que me ayude. Vigile a este hombre hasta que yo vuelva. Yo vendré aquí. Tenga, le servirá para sentirse segura.

Le entregó la pistola del guardián. Lettie había abierto los ojos y le observaba con una nueva expresión.

—Tenga cuidado —manifestó—. Rubel es poderoso. Conoce las debilidades de las personas, lo que quieren, y se lo da, pero exigiendo a cambio todo. Y es ambicioso y cruel, insaciable.

—Lo tendré en cuenta, Lettie.

Ella, aún añadió:

—Pero, por encima de todo, Rubel es falso. Parte de la idea de que nuestros sentidos son los que nos dan el exacto conocimiento de las cosas, y éstas pueden ser auténticas o meras ilusiones. Basta con que se crea ver y oír aquello que nos conviene. ¿Comprende?

«Dago» asintió y plasmó una escéptica sonrisa en su rostro.

—No se preocupe, Lettie. Hace tiempo que practico la filosofía de no fiarme ni aun de la propia imagen que me devuelve el espejo por las mañanas al afeitarme, siempre miro detrás, por si hay alguien que me hace burla.

Tras lo cual, salió de la habitación definitivamente. Ya en el pasillo miró hacia ambos extremos y comprobó que estaba desierto. Marchó entonces, sin vacilar, se orientó por el camino que habían seguido Rubel y sus invitados.

Daba a un angosto rellano del que nacían unas estrechas escaleras descendentes, con barandilla de hierro mohoso.

«Dago» procuró bajar sin hacer ruido.

La escalera daba varias vueltas, encajonada casi verticalmente en lo que parecía un pozo, y en una extensión de casi doscientos pies. Por último, terminaba en una rotonda en la que se abría una abertura en el lado oeste.

La iluminación del largo recorrido consistía en varias bombillas rojas de escaso voltaje, situadas cada veinticinco pies. En el espacio circular únicamente brillaba la de la entrada.

«Dago» se introdujo por el hueco aquel. Nuevas luces rojas alumbraban. Anduvo un trecho hasta alcanzar un recodo. No llegó a doblarlo, porque, de repente, estuvo seguro de que había alguien detrás del muro.

Quizá fuera aquélla una de las cosas más extraordinarias de su personalidad, el detectar cualquier anomalía de la atmósfera, en especial el enrarecimiento que la presencia humana es capaz de producir.

Ningún sonido o sombra le había prevenido, pero su convicción de semejante hecho era absoluta.

Se pegó a la pared, comprobando con el tacto lo que el olfato también le había revelado ya, o sea, que aquel pasadizo se dirigía hacia el río. El olor a nitro era inconfundible, y crecía conforme se adentraba por el largo túnel.

Llegó hasta la esquina y se arrodilló sobre el húmedo suelo, aunque sin rozarlo del todo, sentándose sobre los talones. En tal posición, asomó la cabeza para mirar al otro lado.

En efecto, dos hombres se hallaban en una ampliación del corredor, especie de atrio, ya que al fondo se distinguía una puerta de dos hojas y de considerable altura, como la de un templo. El «templo» de Milton Rubel.

Uno de los hombres era joven, rubio, y con el rostro hundido en el centro, lo que daba a su perfil cierto parecido con una luna en cuarto. Su compañero era bajo, de torso como un tonel y rostro redondo, rubicundo. De mayor edad y de pelo castaño.

Existían cerca de la monumental puerta dos poyetes o asientos de piedra. «Dago» se fijó en una metralleta apoyada contra el de la izquierda. El bajo tenía la suya en las manos, aunque en la actitud del músico que ha terminado el concierto y se dispone a guardar en su funda el violín.

El español se asombró de tanta vigilancia. Realmente, aquel

santuario del gángster debería contener algo muy especial.

No vaciló. Se irguió y resueltamente pasó al espacio descubierto. El rubio fue el primero en verlo, y la tajada de melón de su cara se contrajo en un gesto de estupor.

—¡Eh! —avisó al otro.

Pero fue la postrera palabra que pronunció. «Dago», en dos zancadas, había llegado a su altura y le asestaba un furioso puñetazo que le cogió de lleno la adelantada barbilla. Bastó para apartarlo de las tribulaciones de este mundo.

Su fornido camarada actuó con fulminante rapidez. Alzó el arma que sostenía y la apuntó contra el intruso. Pero le llegó al pecho una patada dada de la forma más extraordinaria.

«Dago» conocía todas las tretas del arte del «karate», una modalidad del «judo». Había conseguido en semejante tipo de lucha el cordón negro de segundo grado, lo que suponía que sólo existía por encima de él un japonés que detentaba el de primero. Y de segundo compartían el título otros tres hombres con él en el mundo.

El golpe despidió al vigilante contra la puerta del «templo». Tropezó con el asiento de piedra y rodó al suelo. La metralleta cayó a varios pasos de distancia.

El gordo era hombre de gran resistencia y tozudez. Se estiró en dirección a donde había quedado el arma y logró sujetar la culata con su mano derecha.

Pero casi de inmediato tuvo la sensación de que un ave rapaz, de formidable vigor, le cogía por el cuello y lo alzaba en el aire. Pataleó tratando de desasirse.

Cesó en sus esfuerzos y se sumió en una densa y oscura nube al caerle el canto de la mano derecha de su aprehensor sobre el cuello.

Por el momento, los dos vigilantes quedaban fuera de combate. «Dago» consideró su situación. No podía dejarlos allí, porque se recuperarían y señalarían su presencia. Pero tampoco contaba con los medios para ocultarlos.

Los colocó sobre uno de los poyos y con sus cinturones les ató las manos a la espalda. Después, puso en el otro banco las metralletas apuntándoles.

Con rapidez extrajo de uno de sus bolsillos un hilo de bramante, bastante largo —y del que solía llevar en prevención de casos como aquél— y pasó un extremo por los gatillos de forma que al tirar

hacia afuera se dispararan las dos armas. El otro extremo lo llevó hasta los pies de los dos hombres, que unió con los cordones de los zapatos, y el cordel.

Observó que empezaban a removerse y esperó. Corría el riesgo de que alguien saliera o llegara por el mismo camino que él había seguido. Pero imaginaba que la reunión a que Milton Rubel condujo a sus invitados en aquel misterioso «templo» tendría que ser muy importante y duraría.

El rubio fue el primero en descorrer los espesos velos de la inconsciencia, y despertar al repelente mundo circundante. Debía ser un perfecto gángster, porque despreció cualquier consideración romántica para ir directamente al bulto.

—¡Sucio bastardo! —Expectoró—. Pienso fabricar con tus costillas todo un ejército de soldaditos para que jueguen mis nietos.

—Agítate un poco más —advirtió «Dago»—, y serás tú quien juegue a los soldaditos... en el Limbo.

El gordo se unió al terceto y lo hizo de igual forma inmediata, realista, sin pasar por los estados previos crepusculares.

—¡Puerco endomingado! —graznó con una voz áspera, dura—. Te voy a...

—Atención, muchachos —dijo el español, que no deseaba perder más tiempo—: me parece que vuestras dotes de observación no son extraordinarias. Por si todavía no os habéis dado cuenta, quiero que os fijéis en la cuerdecita que va de vuestros pies a esas pistolas. Un movimiento demasiado vivo y rociaréis vuestra piel con una agradable lluvia de plomo.

El rubio fue a replicar en su jerga, pero el otro bandido lanzó una exclamación:

—¡Eh, Algy, no bromea! No te muevas.

—Eso es. «Sed prudentes, dijo Confucio, y no llegaréis lejos, pero llegaréis seguros». Ahora, para evitar que os transmitáis delicados pensamientos procederé a taparos las bocazas y así tendréis ocasión de ejercitar los ojos enviándoos inteligentes mensajes.

«Dago» les tomó de los bolsillos de los pantalones unos grandes pañuelos de colorines, sucios y malolientes, y los amordazó.

Los dejó tan quietos como si se hubieran transformado en estatuas y con los ojos clavados en las metralletas. Y se dispuso a franquear la puerta del «templo».

Cedieron las hojas de madera a su empuje. Tras ellas se ofrecía un espacio desnudo, como una antecámara, pero desprovista de todo mueble o cortina. Al fondo, otra puerta.

«Dago» maniobró con todo cuidado en su picaporte y la fue abriendo milímetro a milímetro, hasta que tuvo una rendija lo suficientemente grande para atisbar por ella.

Y lo que vio le hizo ahogar una exclamación de asombro.

CAPÍTULO 5

En un vasto salón se hallaban reunidas unas doce personas. Eso no tenía nada de extraordinario, sino el hecho de que una de ellas era el importante industrial, director de la «Bond Stag Company», Duncan Mannister, y otra, el agente del

F. B. I.,

Marión Mandly.

«Dago» conocía algo acerca de las actividades de la compañía aquélla. Tenía que ver en el programa de proyectiles dirigidos, y se rumoreaba que mantenía en secreto un proyecto que revolucionaría cuanto se refería a tales artefactos.

También se encontraba presente el dueño de la mansión, Milton Rubel, y un individuo alto, de cara pálida, picada de viruelas, que se movía en derredor suyo.

La mirada del aventurero español quedó retenida, no obstante, en la mujer cerca del agente del

F. B. I.

Sin duda, era una extraordinaria muestra del sexo femenino. Alta, de miembros largos, perfectamente torneados, con una ensambladura ideal, sin acusarse las articulaciones, como moldeada por un escultor clásico utilizando una pasta lechosa y melada.

El cabello castaño, los ojos grandes, con una irradiación vital, cálida, dulce. Y la boca, de labios admirablemente dibujados, rojos, húmedos, prestos a la fresca carcajada y a la suave sonrisa.

Quizá donde se manifestara todo su atractivo fuera en las manos, de dedos largos, ahusados, llenos como exquisitos dulces.

Vestía un traje de noche color naranja, que dejaba al descubierto los brazos y hombros. Al volver la cabeza hacia los lados destacaba la moldeada garganta. Recogía atrás el pelo, en un moño, y le

asomaban los lóbulos de las orejas, de los que pendían unos pendientes de brillantes.

En la mirada del joven agente del
F. B. I.

se encendía una luz de admiración, de adoración casi. «Dago» hubo de confesarse que estaba justificada.

Decía en aquel momento:

La mujer sueña siempre con que el hombre posea la audacia de los héroes de las leyendas, que triunfen. No gusta de los débiles, aunque a veces parezca lo contrario.

Rubel intervino entonces, inclinándose hacia adelante, para lo que hubo de apartar a su compañera de la derecha, una rubia de formas rotundas, que sorbía con aire ausente de un vaso a medias lleno de *whisky*.

—Muchacho —dijo el bandido—, eso es: por todos los medios debemos esforzarnos en obtener el triunfo. El triunfo, hoy y siempre, ha sido la posesión del oro, del poder que representa el dinero.

El joven agente se agitó, desasosegado, en su asiento. Se notaba que deseaba luchar contra el cerco que iba estableciéndose a su alrededor.

«Dago» pensaba que su mente debería ser un caos. No sabía qué se proponía el dueño de la casa respecto a él, pero sin duda estaba quebrantando su resistencia moral, presentándole cuanto de seductor hay en la existencia y brindándole, además, la oportunidad de tenerlo.

¿Cuánto podría aguantar el joven agente? Ciertamente actuaba en él como freno el recuerdo de las andanzas del autor de sus días y su trágico final, pero aquello era distinto.

No es igual luchar contra una mera tentación intelectual a tenerla materializada delante.

Existen cosas importantes —declaró Marión con opaco acento y esforzándose por no mirar a la dama—, aparte de obtener el triunfo sea como sea.

—¡Bah!

El gesto despectivo con que Rubel acogió la débil defensa hecha por el agente, constituía todo un código de la corrupción.

—No, muchacho, no sueñes. El dinero lo es todo.

En aquel momento, la hermosa mujer que oía la conversación con expresión divertida, se levantó y avanzó hacia el fondo, donde se abría una puerta.

Caminaba majestuosamente, segura de su belleza. «Dago» aprovechó aquel momento para deslizarse tras las cortinas que cubrían interiormente la de entrada y cerrar ésta. Miró a través del grueso tejido y comprobó que el anfitrión se inclinaba aún más hacia Mandly y le hablaba en tono persuasivo.

Gran mujer, ¿eh? Y te mira con simpatía, muchacho. Pero no estás en condiciones de aspirar a ella. Podrías tener cuanto ansias. Y no arriesgaremos nada. ¿A quién engañamos con la entrega de esos planos? No a nuestro país, sino a unos tontos que pretenden dársela de demasiado listos.

—¿Quién es? No la he visto antes.

Cristina Ophels, Tennie para sus amigos. Con clase y dinero. Viuda de un gran propietario del sur, dueña de unas inmensas plantaciones de tabaco. No dudes de que tú le gustas, y estaría dispuesta a repetir contigo la aventura del casamiento. Pero se reiría de ti si le declararas tu pasión con un ramo de humildes violetas. Está acostumbrada a las orquídeas y, cuanto más raras, mejor.

Mandly rió de una forma especial, como si le embriagara la posibilidad de contar con el amor de semejante mujer.

—¿Qué papel juega ella en todo esto? —preguntó.

—Ninguno —se apresuró a manifestar Rubel—. La única mujer que intervendrá en el asunto es Nancy.

Indicó con un gesto a la rubia que tenía al lado y que alzó la mano con el vaso lleno de licor, a la par que lanzaba un gritito de regocijo.

—Nancy atraerá al comprador de los planos a su hotelito.

Antes de proseguir, Rubel se dirigió a donde se hallaba Mannister, al otro extremo de la habitación, departiendo con otros varios individuos, entre los que se encontraba un joven rubio, miope, que asentía a todo con una sonrisa infantil.

—Duncan —reclamó el dueño de la casa y el financiero se acercó con paso lento—, quiero que repitas a nuestro amigo que nuestro plan carece de peligro y que todo saldrá perfectamente.

Mannister sonrió cansadamente. Contrastaba el aparente

cuidado de su persona, que le hacía parecer el perfecto «espécimen» del yanqui adinerado, con el agotamiento que se adivinaba en el fondo de sus ojos.

«Dago» había visto igual mirada en otros muchos magnates de la industria del colosal país. Hombres estragados, consumidos por un cáncer que dejaba intacto el organismo. Luego, en cualquier hora de cualquier día, el resorte vital saltaba y quedaban como muñecos estropeados en algún enorme despacho, con varios teléfonos al alcance de la mano y en un transmisor desarrollándose la inacabable tenia de la Bolsa.

—No me arriesgaría yo, muchacho —confesó Mannister con voz suave, modulada—, si no fuera como dice Rubel. De acuerdo, que es una broma pesada la que pensamos gastar a ese hombre y al país que representa, pero siempre ha sido norma en los negocios aprovechar la codicia del contrario.

En aquel momento, «Dago», que no dejaba de registrar hacia todos los ángulos del vasto salón, descubrió que existían algunas puertas más. Por la que había desaparecido Tennie llegaba, aunque atenuadísimo, el rumor de voces, tintinear de cristales, que señalaban que ocurría allí dentro alguna fiesta o celebración.

Lettie no había tenido ocasión de explicarle en qué consistía el «templo», pero el español había recogido alguna información en los medios criminales y policíacos acerca de la extraña personalidad del gángster.

Sabía que celebraba reuniones a las que asistían exclusivamente los adictos y aquellos que le debían algo. En esas reuniones se evocaba el fausto de la Roma cesárea... con otras muchas cosas. Aquel salón primero tendría que ser la antesala a los privados.

Debería asomarse al sitio aquél, pero no veía posibilidad. De repente, tuvo la confirmación de sus sospechas. Tennie Ophels reapareció. Y al abrir la puerta que había utilizado, el rumor de voces, de risas, se acentuó.

Tennie se aproximó nuevamente al grupo.

—¿No vienen a la fiesta? —preguntó. Se encaró con Rubel—. Confieso, Milton, que me asombra tu capacidad para crear en pleno Manhattan un lugar como éste.

Proyectó el reflector de su personalidad sobre Mandly, que se estremeció.

—¿Nunca asistió usted antes a las «fiestas» de Rubel? Ya verá cómo le encantan. Cada vez las dedica a un episodio histórico diferente. Y los comestibles y licores se encuentran en relación con el asunto. Recuerdo aquella vez que conmemoraste la derrota del jefe sioux «Toro Sentado»...

La conversación derivó hacia temas banales. «Dago» se impacientaba y pensaba que tendría que regresar y ayudar a Lettie que se vería comprometida con el prisionero, aquel Gory Lancewood. Pero algo vino en su ayuda. Rubel hizo un gesto que interrumpió el diálogo.

—Tennie está en lo cierto. Perdemos lo más sustancioso del banquete. Vamos. Mi propósito ya se ha cumplido, y era que ustedes se conocieran.

Señaló a Mandly y a Tennie. El efecto de sus palabras se subrayó con la sonrisa prometedora, llena de irresistible seducción, que Tennie dedicó al joven.

Milton inició la retirada. Avanzó hacia la puerta por la que antes desapareció la hermosa invitada. Le siguieron Mannister y el hombre alto, de rostro picado de viruelas.

Mandly fue el último en moverse hacia allí, y lo hizo despaciosamente, mientras llevaba a cabo el acto de encender un cigarrillo.

«Dago» decidió que era la ocasión de abordarlo. Abandonó su escondrijo y caminó con rapidez, de puntillas, hacia el agente del F. B. I.

Le tocó en el hombro, y hubo de maravillarse de la rápida reacción que tuvo el joven.

Porque Mandly giró como un criado sorprendido en el acto de mirar por el agujero de la cerradura. Y en su mano derecha brillaba un «Smith y Wesson» de reglamento.

—¿Quién mil diablos es usted? —demandó con voz contenida, fría.

—Un amigo, Mandly —se apresuró a declarar «Dago». Un amigo que quiere prevenirle contra ese viejo zorro de Rubel. Está distrayéndote con una representación de marionetas.

El agente del
F. B. I.
miró a su alrededor.

—No le conozco. No sé cómo ha entrado en este sitio, pero no me interesa lo que me diga. ¡Váyase!

A «Dago» le exasperó aquella actitud.

—¡No seas loco, Mandly! ¿No te das cuenta de que todo es un cebo? Te van a envolver en un sucio asunto y...

—¡Lárguese, repito! Preocúpese de sus asuntos o...

Hizo un ademán amenazador con el revólver. «Dago» comprendió que el joven agente se hallaba en una situación parecida a como si le hubieran hechizado. El español cometió un error y fue hacer alusión a semejante circunstancia.

—Esa mujer —aseguró— forma parte de la farsa. Tonto eres si no...

Esta vez Marión no amenazó solo. «Dago» se percató de su intención y se echó a un lado con el estilo de un campeón de pesos ligeros. El cañón del revólver hendió el aire inofensivamente. Pero el agente quiso repetir el golpe.

«Dago» le dejó ir su puño derecho hacia el diafragma. Apenas le tocó, pero fue suficiente para despedirlo hacia atrás.

El español decidió retirarse. Y lo hizo a tiempo, porque del salón donde se celebraba la fiesta regresó Rubel, que interrogó a Mandly con alguna impaciencia:

—Vamos, Marión, ¿qué te sucede?

«Dago», que se había introducido tras las cortinas nuevamente, oyó replicar al agente del

F. B. I.:

—Nada. Esperaba terminar este cigarrillo.

—Donosa ocurrencia. Allí dentro puedes fumar cuanto quieras.

—Bueno, vamos.

Aquello tranquilizó a «Dago», pero sólo momentáneamente. Se daba cuenta de que Mandly aprovecharía cualquier ocasión para investigar acerca de su presencia allí. Y seguramente no le denunció entonces porque aún conservaba cierta consideración a su categoría de agente.

Sería preciso que se desvaneciera, aunque con la promesa de volver. «Dago» se sentía intrigado por un detalle. El largo pasillo que siguió hasta llegar allí se orientaba hacia el río. Era muy posible que el bandido hubiese horadado un túnel de salida hacia aquella vía fluvial.

Abrió la puerta. Y nada más hacerlo descubrió a Lettie Mannister que se aproximaba, mirando a los lados con desesperación.

Desde luego, la razón de que apareciese allí tendría que ser él. En efecto, la joven de los ojos azul-grisáceos se dirigió inmediatamente a su encuentro.

Se detuvo, indecisa, y a continuación corrió hasta juntársele como si acabara de cruzar un puente sobre un precipicio. «Dago» preguntó:

—¿Qué sucede?

—Vienen hacia acá —informó Lettie con voz entrecortada, susurrante—. Son varios de los «muchachos».

—Tranquilícese. ¿Continúa ese Gory Lancewood en su cuarto?

—Sí. Pero lo descubrirán. Los otros... los otros hombres de ahí afuera me han visto pasar y que no hacía nada para soltarlos. Ellos les dirán que...

Se calló. Era obvio el motivo. Por el fondo del pasillo penetraban los miembros de la banda, tres individuos en total.

—¡Vamos! ¡Rápido!

«Dago» tiró de la joven hacia el interior del salón. Por suerte, estaba vacío.

—¿No conoce ninguna salida a otro lado que no sea por donde hemos venido?

Lettie asintió.

—Sí, pero hemos de pasar por el salón principal, donde ahora deben estar todos reunidos, celebrando una fiesta.

—Muy bien. Pues vayamos allá. ¿Acaso no está usted invitada a ella?

—¡Oh, sí! Desde luego.

Lettie señaló la puertecilla por la que habían desaparecido todos los demás. «Dago» hizo que Lettie avanzara primeramente.

—Contamos con unos minutos hasta que desaten a sus dos compañeros.

De repente, sus ojos se deslumbraron con un fantástico espectáculo. El salón a que habían asomado era enorme.

Y en el centro existía una mesa monumental.

No menos de cien personas se sentaban alrededor de ella. Y estaba cubierta con bandejas con toda clase de comestibles, desde

faisanes enteros, adornados con sus plumas, hasta un ciervo con su cornamenta.

Pero no era ocasión de deleitarse con la escena. ««Dago» se deslizó hacia la derecha, en tanto que Lettie se dirigía hacia la mesa.

Bruscamente, unos segundos después, irrumpieron los «muchachos» de Milton Rubel. Empuñaban las armas, y a ellos se habían sumado los dos vigilantes de la entrada.

De momento, nadie pareció percatarse de la irrupción. Fue una mujer la que dio el aviso con un grito. Milton Rubel se levantó rápidamente y fue hacia sus hombres.

—¡Ése es! —gritó el rubio de la cara hundida a quien su compañero había llamado Algy. Señalaba a «Dago».

Todos los bandidos se movieron en aquella dirección. El español hubo de admitir que su situación no era envidiable. El mismo se había metido en una ratonera, porque no tenía idea de la salida a que se refirió Lettie.

Algo se puso de su parte y fue la desbandada general que llevaron a cabo los comensales y servidores. Se desparramaron en varias direcciones, gritando, y atropellándose, y hasta hubo quien se subió sobre la mesa y corrió por ella pisoteando los escogidos y delicados manjares.

Sonaron unos tiros. La copa monumental que adornaba el centro saltó hecha trozos y dos ondinas se precipitaron fuera lanzando alaridos.

El rubio fue el primero en llegar cerca de «Dago» que aguardaba sin alterarse. Elevó el bandido el arma que empuñaba y con un bufido quiso golpearle con el cañón.

Y al segundo retrocedió cogiéndose la muñeca de su mano derecha, pues el español le había aplicado un «machetazo» feroz, de efectos similares a si se lo hubiera dado con un auténtico machete.

Reunidos cayeron los otros sobre el joven. Y tanto les hubiera dado caer sobre las aspas de un molino eléctrico. «Dago» les recibió con una terrible serie de golpes, que poseían la contundencia y la energía de martillos de herrero.

Pero estaba claro que no podría sostenerse mucho tiempo así.

Tras rechazar un nuevo ataque y dispersarlos, «Dago» atravesó por entre sus enemigos y se colocó a sus espaldas. De un salto se

plantó encima de la mesa.

Alcanzó en el mentón con una patada a uno de los bandidos. Se inclinó y tomó en sus manos una fuente llena de pollos trufados que volcó sobre los más próximos.

Pasó entonces al otro lado. Era el sitio donde se hallaba sentado Marión Mandly. De un elegante brinco se situó a su lado.

—Vengo de parte de... —empezó a decir.

Pero no pudo explicarle aquello que le interesaba, o sea que su compañero fue asesinado. Tuvo que defenderse contra la nueva acometida de los «perros» de Rubel.

Esta vez decidió castigarlos de un modo más eficaz. Con un ligero movimiento desprendió de su cintura la correa.

Cualquier prenda u objeto de los que llevaba, habían sido estudiados a conciencia hasta convertirse en eficaces auxiliares en su vida de aventurero y superagente de la justicia.

Aquel cinturón era un largo y fino cable de acero revestido de cuero. Una serie de presillas le daban apariencia corriente de correa, pero al extenderse revelaban su verdadera condición de soportes, ya que se transformaba en una escala, siendo la hebilla el garfio sujetador.

Pero en su actual dimensión constituía también un arma formidable. «Dago» la empleó con fruición, azotando las piernas de los bandidos.

Pronto bailaron y aullaron como condenados. Cada uno de los golpes que recibían hendía sus carnes, y levantaban verdugones. «Dago» saltaba de un punto a otro con agilidad.

—¡Vamos, cogedme a ese hombre! —gritó Rubel que se congestionaba.

Se hicieron varios disparos. Una bala rozó peligrosamente cerca de la oreja del español. Iba a necesitar recurrir a procedimientos más expeditivos.

Sus ojos captaron a Lettie. Y la joven le señalaba ostensiblemente a un punto de la pared.

«Dago» sujetó a uno de los bandidos y lo elevó por encima de su cabeza.

Lo arrojó hacia donde se hallaba Rubel y comprobó que le había llegado el proyectil humano. No esperó a ver su reacción.

Se revolvó contra los demás. Y asestó varios puñetazos

demoledores. Y patadas. Pero todo con una técnica escalofriante.

A continuación, corrió hacia el lugar apuntado por la rubia de ojos azules-grisáceos. Lettie se había apartado, lo que hizo que «Dago» le reconociera bastante inteligencia.

Encontró en seguida lo que buscaba. Una moldura de un panel que se movía. La accionó y toda aquella parte de la pared se hundió.

Frente a él se ofrecía un negro túnel en el que el olor a humedad era tan intenso que presagiaba la presencia inminente de agua. Y así era, apenas había recorrido unos doscientos pasos cuando salió al exterior por un hueco que daba directamente sobre el río.

Sin pensarlo más, se lanzó al Hudson.

CAPÍTULO 6

En la oscuridad de aquella parte del Hudson, «Dago» no acertaba a distinguir sino las moles sombrías de los muelles y de algunas embarcaciones, cuyas luces rielaban sobre las aguas.

Pronto se le hicieron visibles los detalles de las ligeras naves. Contó hasta ocho yates y había espacio para otros tantos. Nadó con mayor energía.

Lo que había oído en relación con aquella supuesta venta de planos hizo que su cerebro trabajase a pleno rendimiento. Y al ver los barcos había tenido una idea.

El «Romany», el «Águila Dorada», «Calypso»... ¿Cuál sería propiedad de Milton Rubel?

En aquel momento se inició una lluvia menuda, pero molesta.

Un nuevo fenómeno, éste humano, le hizo ponerse en guardia. Oyó el sonido que producía el motor de una lancha. Estaba seguro de que tratarían de encontrarlo y conocer su identidad... y anularse si podían.

Claro está que no sabían nada de él. Los bandidos tendrían que estar convencidos de que el agente Percy Lemon, compañero de Mandly, dormía el sueño de piedra de los héroes anónimos.

Tal vez imaginasen que era un ladrón, o simplemente un curioso. Claro está que aquello se contradecía con su actuación.

A la única que había declarado ser el agente muerto fue a Lettie. Y por lo que le iba en ello no creía que la joven lo hubiese dicho.

La motora se aproximaba hacia el sitio donde él estaba. Se sumergió dejando únicamente la cabeza fuera.

La canoa cruzó a unas cincuenta yardas. Alcanzó a ver los cuerpos de varias personas. Le reveló quiénes eran una voz que sonaba impaciente, chirriosa, dominando el ruido del motor.

—... debemos revisar... no podemos fiarnos de... Será mañana cuando...

Le rebasaron. «Dago» se fijó en que se detenía la embarcación junto al casco del «Calypso».

«Dago» llegó, por último, junto al «Calypso» y lo rodeó buscando un punto separado del elegido por los otros para abordarlo. Junto a proa, muy cerca del ancla, pendía una maroma sujeta a la que unía el barco con el muelle.

El joven se izó por ella y alcanzó rápidamente la borda.

No había luces y tampoco personas, aunque seguramente alguien vigilaría.

«Dago» se incorporó e inclinado avanzó hacia allí. Como había supuesto, un individuo se paseaba por delante de la puerta. Entonces, se trasladó por el otro lado y atisbó a través de la claraboya.

Alrededor de una mesa aparecían reunidos Milton Rubel, otro hombre alto con el rostro picado de viruelas, Tennie Ophels, y Mannister. Junto a una alacena o mueble-bar adosado a la pared, se encontraba un criado chino que extraía en aquel momento una botella y unos vasos.

«Dago», sin preocuparse del agua que se desprendía de su ropa, pegó el oído a las junturas del tragaluz. Tomó de la bocamanga dos de los botones, que desprendió sin esfuerzo, pues estaban sujetos únicamente por un broche.

Desenrolló un finísimo cable que iba unido a uno de ellos y lo conectó mediante un diminuto enchufe al otro. De aquel modo, pegó el primero al punto de la pared que había elegido y colocó en su oreja derecha el complemento.

Era un perfecto amplificador de sonidos, como un estetoscopio, potente. Las voces se distinguieron, lejanas, pero comprensibles.

—Pese a lo que diga Mandly —hablaba Rubel con su sonora, metálica voz—, no me fío. Es posible que trabajase con ellos un agente más.

Lo que no entiendo es su insensatez al introducirse allí. ¿Qué pretendía?

Rubel objetó a lo dicho por el individuo picado de viruelas:

—Quizá prevenir a Mandly de que su compañero había sido asesinado. Todo lo corrobora. El cuerpo del agente no estaba donde

cayó y Zeke asegura que lo dejó bien muerto. Hubo que retirarse porque alguien se acercaba, pero cuando volvió y quiso sorprenderlo a su vez, ya no había nadie y un coche abandonaba el jardín.

—Aun así, me resisto a creer que actuara de semejante forma. Es seguro, y creo que a Mandly cuando lo dice, que esperaría a que éste lo buscase o quisiera darle algún mensaje.

—Es tonto discutir sobre la condición del intruso —concluyó el diálogo, Rubel—. Es preciso liquidar cuanto antes este asunto. Mannister, esos planos deberán estar en su poder mañana mismo.

El del rostro picado de viruelas se inclinó hacia delante:

—Opino como tú, Rubel. No puede tenerse un barco permanentemente rozando las aguas jurisdiccionales de otra nación.

Hizo una leve reverencia y ese detalle reveló a «Dago» que el hombre pertenecía a la vieja escuela.

—La hospitalidad de la señora Ophels es sumamente agradable —prosiguió—, pero tampoco es correcto exponerla más tiempo.

Bruscamente Mannister depositó su vaso sobre la mesa.

—¡No! —exclamó—. No se puede continuar en esta situación. Yo no...

Se calló al notarse examinado por los ojos azules, fríos y desgarrantes como espuelas, de Rubel.

—Bueno, quiero decir que...

—El asunto es suyo, Mannister —manifestó el gángster con rotundidad—. Pero si quiere desahogarse, le concederé unos segundos. Después de todo, esto es como la extracción de un diente y el cliente tiene derecho a escupir y a enjuagarse la boca.

—Desde hace tiempo, Rubel —dijo con voz ahogada—, suelo tragarme aquellas cosas que no me gustan, y yo lo perdono, o, cuando menos, olvido. Cosa que tú jamás has hecho.

La larga faz de Rubel quedó blanca de ira y trémula, como un arco voltaico.

—Cierto que no, Mannister. Es difícil que olvide la forma que tuvo de tratarme. Consiguió engañar y arruinar a mi padre y, luego, no tuvo reparo en despedirme como a un apestado, porque ya no era partido para su bella hija. ¿Acaso no se acuerda?

La perfecta máscara de hombre enérgico y cuidado que cubría las facciones de Mannister se relajó y, por un momento, representó

su verdadera edad.

—Sí, me acuerdo —admitió—. Y ahora, comprendo que no da buen resultado permitir que ciertos seres tengan oportunidad de desarrollarse. Me acusas de haber sido cruel, cuando sólo fui compasivo. Nunca has reflexionado sobre la verdadera causa de que impidiese aquella boda y te arrojase de mi casa y, sin saberlo, estás dándome la razón.

—¡Basta!

El bandido temblaba como si la corriente que encendía su rostro se hubiese extendido a todo su cuerpo.

—No tolero que continúe hablándome así —expresó seguidamente—. Está aquí porque le conviene. Puede elegir, Mannister, no hacer esta operación.

El viejo magnate hundió la cabeza entre los hombros. Y murmuró:

—Sabes bien, Rubel, que no tengo opción. Adelante, pues. Cumpliré mi parte en el asunto.

Rubel sonrió triunfalmente.

—No divaguemos más. Tennie —se volvió hacia la mujer, tendrás que apretarle los tornillos a Mandly.

La hermosa bajó los párpados como si estuviese mortalmente cansada.

—Así lo espero. Dentro de una hora vendrá a bordo, le he invitado a charlar... y a tomar unas copas.

—Magnífico. Mañana será, pues, el día. Nosotros vendremos cuando todo se haya ultimado. Y no se preocupen, que saldrá bien.

Los otros continuaban en casi iguales posiciones. Mannister se sujetaba ahora la cabeza con las manos en un gesto de intensa desesperanza. Tennie miraba al vacío, agarrando el vaso con la mano derecha, pero sin llevarlo a los labios.

Rubel conservaba su normal apariencia. También el hombre de la cara picada de viruelas.

—Estamos de acuerdo entonces —decía el gángster—. Usted, Mannister, se hará con los planos.

—¿Qué piensa que hará Mandly cuando descubra que ha sido engañado? —interrogó Tennie de repente.

—Nada. ¿Qué puede hacer? Aparte de su trabajo, Tennie, descubrir el asunto supondría su propia condena. Se cuidará mucho

de hablar.

—Pero no es tan bobo que acepte esa historia de los planos de un proyectil desechado. Yo sé que se reserva algo, que está seguro de que se le tiende una trampa —insistió la mujer—. ¿Dejará que las cosas se desarrollen sin que intente modificarlas?

—Eso no importa. No podrá oponer ningún reparo ya que estarán Barret, Nancy y Cuperin. Y los planos que entregará Barret son efectivamente los de un modelo desechado.

El gángster cortó la conversación levantándose. Le imitó el hombre del rostro picado de viruelas. Y «Dago» pudo enterarse por fin de su nombre, ya que Rubel dijo:

—Vamos, Gray. Y usted, Mannister. Conviene dejar a Tennie sola para que se las entienda con Mandly.

Hizo una seña a la mujer que sonrió cansadamente y los tres se dirigieron a la puerta.

Descendieron las escalerillas que iban del puente a la cubierta. «Dago» distinguió al vigilante que les saludaba.

Cuando comprobó que abandonaban el barco, «Dago» regresó sobre sus pasos. Se asomó de nuevo por el tragaluz y comprobó que Tennie continuaba sentada, en igual actitud de hallarse absorta por algún terrible problema.

Abandonó su puesto de observación y recorrió el camino que le llevaría al sitio por donde subió al yate. No tuvo dificultad en su vuelta, y se deslizó por la calle hasta el mismo muelle.

Marchó de prisa luego. Eran las doce de la noche, la llovizna persistía, aunque no hacía frío, pese al viento que soplaba del Hudson.

Dejó atrás los muelles y la carretera y se encontró cerca del De Witt Clinton Park. Sin preocuparse de su aspecto, empapado como iba, penetró en un bar y se dirigió a la barra.

—Un *whisky* doble —pidió—. Y deme algunas monedas sueltas para el teléfono.

Arrojó un billete de diez dólares y tomó el cambio. Penetró en la cabina telefónica.

—¿Boni? —inquirió «Dago» y al obtener una respuesta afirmativa, siguió—: Atiende, necesito un traje, ropa interior y zapatos, todo urgentemente. Me encuentro en «Rose Garden», un bar en la calle 53, cerca del De Witt Clinton Park. No tardes.

Colgó y volvió a su puesto en la barra. Sorbió lentamente el licor mientras reflexionaba.

—Oiga —interrumpió el barman sus pensamientos—, ¿no cree que le convendría quitarse esa ropa? No dudo que el *whisky* le dé calor por dentro, pero aun así...

—Gracias amigo. Ponga otro *whisky* y no se preocupe. Me mudaré enseguida.

El barman le echó una mirada recelosa. Los ojos del español se posaron en un folleto que anunciaba diversos espectáculos en salas de fiestas y teatrillos de revista. Estaba colocado junto al depósito de

«Coca-Cola»

y se lo señaló al camarero para que se lo dejara.

Repasó las hojas. De repente, encontró lo que buscaba. Una rubia espléndida, embutida en un traje de mallas, en una postura que resaltaba sus curvas, y tenía tantas y tan pronunciadas como una carretera en el Himalaya.

El anuncio rezaba: «La Venus de Oro» y continuaba con una enumeración de las dotes y condiciones que la adornaban, así como de sus habilidades como cantante y bailarina. Actuaba en el «Donkey Club» y la rubia sostenía entre los brazos un borriquito de trapo.

Sin duda, era Nancy Pratt, la mujer encargada de los planos falsos o inservibles. «Dago» la recordaba de haberla visto en el salón del «templo», cerca de Milton Rubel.

Apartó el folleto porque en aquel momento hacía acto de presencia su colaborador «Trapos». Al ver a Jaime hizo una mueca que conmocionó todas sus arrugas hasta crear la impresión de que una tribu de orugas había enloquecido.

—¡Pestes! —exclamó—. Convengo en que la temperatura es agradable todavía, pero no como para tomar baños vestido.

—Reserva tu ingenio, Boni. No estoy así por mi gusto. ¿Qué hicisteis de mi encargo?

«Dago» había tomado el envoltorio que le tendía su colaborador.

—¡Qué encargo, compañero! Por suerte, recordé una novela que leí hace tiempo y en la que un astuto doctor descubría un crimen en el que el cadáver se había conservado durante dos años sin que perdiera la apariencia que tenía al morir. Lo malo es que «Orejas»

ha tenido que hacer el oso.

Explicó brevemente a Jaime la treta que había imaginado. «Dago» se rió al escucharlo y observar el brillo malicioso de sus ojos.

—Espérame —dijo y se retiró al lavabo del bar.

A los diez minutos reapareció cambiado de traje. Éste era un corte gris oscuro, con el que hacía juego la corbata. Los zapatos negros, con suela fina de cuero, al estilo mocasín. «Trapos» le había traído también un impermeable y sombrero.

—Boni —explicó luego—, necesito que te ocupes de una labor molesta.

—Estoy seguro de que ninguna lo será tanto como conservar cadáveres.

—No sé qué decirte. Quiero que pases la noche vigilando a un yate. Y para eso tendrás que instalarte bajo la lluvia, en el muelle, y no perderlo de vista un segundo.

—¡Pestes! ¿Qué contiene ese barco? ¿Acaso piensa huir en él el Presidente Eisenhower con toda su familia?

—Aproximadamente.

«Dago» impuso en el secreto de la cuestión a su colaborador. El venezolano realizó tantos visajes escuchándolo que «Dago» temió que fuera a desprendérsele algún pedazo de la cara.

—¡Pestes, Jaime! ¿No crees que eso es un lío demasiado gordo? ¿No convendría dar cuenta al F. B. I..., ya que actúas en su nombre?

—Lo haré en el momento oportuno. Ahora no me creerían. O, lo que es peor, me detendrían sin atender a mayores explicaciones. Y no seré yo quien dé cuenta, sino el agente Percy Lemon.

—Como quieras. Pero yo confieso que no me gusta el caso. Ten cuidado, Jaime.

—Lo tendré. Ve ahora a ese encargo. El envoltorio con el «*smoking*» lo dejaremos aquí.

La lluvia había amainado. «Dago» se despidió de «Trapos», paró un taxi y le dio las señas del «Donkey Club».

Se hallaba situado en la confluencia de Broadway con la calle 48. En la fachada se encendía y apagaba un anuncio luminoso representando un burrito en distintas posiciones.

Otro burro, de distinta especie, atendía a los clientes a la puerta. El portero, pese a su vistoso uniforme, no podía disimular una

carátula de bestia que sobrecogía.

Miró con prevención al español y éste le arrojó una ojeada de indiferencia, igual que a un gorila en el Zoo.

«Dago» había leído en el folleto-guía de espectáculos que aquél tenía un pase del programa a las doce y media y esa hora era precisamente.

Avanzó hacia uno de los lados y ocupó un asiento junto a una mesita. Y justo entonces se apagaron las luces y un foco iluminó el centro del escenario. La orquesta inició un compás.

Se descorrieron las cortinas de terciopelo azul prusia y surgió blanca, hermosa, la «*vedette*».

CAPÍTULO 7

La escultural rubia poseía una voz pastosa, que en algunas notas producía escalofríos al volverse ronca, casi áspera, como el lametón de un felino. Del arte de Terpsícore únicamente había aprendido que el mover las caderas sin alterar el resto del cuerpo era de un efecto sensacional cuando se poseía una anatomía como la suya.

Cantó algo relacionado con unos amores desgraciados cuyas penas se ahogaban en *whisky* barato, y recogió los aplausos de los sesudos varones que llenaban el local.

«Dago» se levantó y atravesó la pista en dirección al escenario. Se introdujo por una puertecilla lateral y se encontró en un estrecho pasillo que siguió hasta salir a otro más amplio y al que daban varias puertas.

Una doncella negra cruzó por delante de él. La detuvo:

—Oye, nariz glotona, ¿cuál es el camerino de la Venus?

La jovencita negra emitió una risita de complacencia y apuntó hacia una de las puertas. «Dago» le agradeció la información pellizcándole, ejem... la mejilla.

No llamó, sino que empujó el picaporte. Estaba abierta y el joven pasó al interior. En un lado, un biombo, y en otro, un tocador con toda clase de frascos sobre él, tubos y tarros.

Nancy estaba aplicándose una crema. Allí, en aquel reducido espacio, la atmósfera se cargaba de su potente animalidad, se respiraba un ambiente sensual, acre.

Desde luego, era una mujer hermosa, quizá demasiado rozagante y rotunda de formas, como algunos ejemplares equinos, pero no menos atractiva por eso. «Dago» la observó maniobrar un rato, sin decir nada.

—¿Eres tú, Zeke? —interrogó Nancy.

Al no recibir contestación, se volvió, extrañada, retirando el algodón de la cara. Y abrió los ojos hasta el límite máximo.

—¡Vaya! —exclamó—. Usted tiene la propiedad de presentarse en todos los lugares sin ser invitado.

—Los agentes de seguros se valen de todas las tretas para sus propósitos.

—No me diga que su intención es suscribirme a una póliza.

«Dago» extrajo la pitillera y tomó un cigarrillo. Se aproximó al biombo y miró por encima.

—No, desde luego. Y, sin embargo, mi intención es asegurarle la vida.

Se aproximó a ella, y la contempló con intensidad.

—Nancy —dijo—, me temo que quieran utilizarla de conejillo de Indias.

—No sé a qué se refiere.

Pero sus ojos se habían oscurecido y apretó los labios con fuerza.

—Usted va a jugar un papel, Nancy —añadió «Dago», que encendió el cigarrillo—, creyendo en la buena fe del director de escena, más es posible que la engañen. No se pueden realizar impunemente ciertas transacciones.

Sin darse cuenta, Nancy había metido los dedos de su mano derecha en el tarro de pomada que utilizaba y la revolvía.

—Mejor sería que se marchase, señor entremetido —declaró con ronco acento—. Quizá el peligro sea para usted.

—Le consta que digo la verdad, Nancy —insistió el joven—. Usted piensa que no corre peligro alguno porque todo es una farsa inocente que respaldará incluso un agente del

F. B. I.

Pero se equivoca, el

F. B. I.

no respalda nunca farsas de ésas, y puede encontrarse metida en un lío muy gordo, si no es víctima antes de algo peor.

—¿Quién es usted? ¿Acaso pertenece al

F. B. I.?

Nancy se había levantado y le miraba con los ojos encendidos con multitud de luces coléricas.

—Quizá sí —admitió «Dago»—. Pero mi intervención en este momento es limitarme a prevenirla. Cuando se emplean muñecos en

un ensayo, con objeto de efectuar luego la verdadera representación, los muñecos se destruyen.

Nancy se dio cuenta en aquel momento que se había manchado los dedos y se los limpió en el mismo algodón de la cara.

—Oiga —manifestó con fría ira—, todo lo que me dice es un galimatías. No tengo nada que temer, ¿me entiende? Puede marcharse tranquilo, si su único propósito era advertirme.

—Recuerde, Nancy, que con el

F. B. I.

no se juega. Es un feo asunto el que lleva entre manos.

La rubia estalló. Se estremeció como si se hubiera bebido un elixir rejuvenecedor y despidió chispas doradas por todos lados.

—¡Márchese! ¿Qué me importan usted ni su

F. B. I.?

Por si no lo sabe le diré que odio a la Policía y al

F. B. I.

y que haré cuanto pueda por perjudicarles. Y ahora si no se va, pienso...

Se contuvo. Y hubo como un repliegue general de toda su persona. «Dago» tuvo la seguridad de que la visión de algo había sido la razón. Y se volvió.

En efecto. En la puerta del camerino acababa de aparecer un sujeto al que también recordaba «Dago». Era el hombre de pelo rojo que le mostró el camino para el «templo» de Rubel.

—¿Qué pasa, nena? —Trompeteó con un acento nasal característico.

Nancy señaló al español.

—Es el «tipo» que se presentó en casa de Milton, Zeke. ¡Conque aquél era Zeke, el asesino de Percy Lemon! «Dago» notó que su interior se convertía en un trozo de acero al rojo vivo.

—Ahueque, lindo —le dirigió la palabra el pelirrojo—. Aquí no tiene nada que hacer. Y soy muy considerado por dejarlo ir así. Lo de esta noche no se olvida tan pronto.

Las invisibles radiaciones que la persona descarga según su estado de ánimo era algo que «Dago» percibía de un modo sorprendente. Supo, sin lugar a dudas, que Nancy odiaba y temía al sujeto aquél y que el trato que le había dado estaba íntimamente relacionado con ello.

—Me parece bien que no lo olvide, sucio perro, bastardo — arrancó de su garganta y se encaró con el «guardaespaldas»—. Por si se le ocurre levantar un muro en su memoria...

Dio un paso al frente, se dobló a un lado y aplastó el puño derecho en el centro del pecho del bandido. Pocos saben que un golpe dado sobre el esternón puede matar a quien lo recibe.

Zeke salió despedido hacia atrás, rozó con un hombro una de las jambas de la puerta, rebotó contra la otra, y cayó de rodillas al suelo.

«Dago» no quiso dejarlo en posición tan humillante. Lo aferró por el cuello del «chándal» color sangre negra que llevaba, y lo alzó hasta la altura de sus ojos.

Le descargó un virulento, torpedeante revés en el puntiagudo mentón. Y seguidamente, un «jab» desmochador en el abdomen, ideal para parturientos.

El «guardaespaldas» se tambaleó, sometido a semejante tratamiento e hizo una serie de muecas como un pez fuera del agua. Por último, se derrumbó, ya dentro del camerino, contra el biombo, al que derribó.

«Dago» le dejó que recobrara por sí mismo la vertical. Cuando lo hizo, efectuó un trapiés que le hizo parecerse a la criatura monstruosa del doctor Frankenstein.

Pero no todos sus reflejos se habían anulado.

Repentinamente, llevó la mano derecha a la axila del brazo contrario en un fulminante movimiento y la retiró con el añadido de una «Beretta Jaguar» ligera.

Pero su ilusión de emplearla se desvaneció con igual rapidez. Nancy, que se había retirado al rincón formado por el tocador, lanzó un grito.

«Dago» se adelantó, desviándose, y engarfió la muñeca que sostenía el arma. Tiró de ella hacia arriba y para sí. Y hundió el otro puño debajo de aquel hombro.

El bandido profirió un aullido de dolor y el brazo le pendió fláccidamente, aunque la pistola no se le desprendió de los dedos. «Dago» le asestó un par de puñetazos más y remató dándole con el codo en la barbilla, seguido de un martillazo del mismo puño.

Zeke «el rojo» se abatió como un gallipollo alcanzado por una certera perdigonada, manoteando débilmente. Le arrancó la pistola,

que arrojó a un sillón.

—Ahí tiene a su hombre —dijo—. Ése es el fantasmón que le asusta.

Nancy le contemplaba con una extraña expresión, como si quisiera confiarle algún secreto y no se atreviera.

—No se atreve a confiar en mí, ¿eh? Es tonta, Nancy. Le va en ello la vida.

—¿Qué... qué sabe usted?

—Sé que usted actuará como una

Mata-Hari,

confeccionada en Hollywood, conduciendo a determinado sitio a un aspirante a héroe para que adquiriera para su nación un fabuloso poder militar a cambio de una cantidad de dinero.

Nancy no pudo reprimir el manifestar:

—Pero son planos falsos, mejor dicho, de un proyectil desechado...

Se mordió los labios. Y «Dago» dejó oír una risa tan áspera como el crujir de las púas de un peine en la maraña de pelo de un cafre.

—¿Se cree de verdad ese cuento? Vamos, dígame dónde piensan reunirse y habrá hecho algo por preservar su pellejo... que no es poco, porque es preciso reconocer que tiene usted, Nancy, un pellejo de primera calidad.

Nancy intentó una sonrisa, pero se le desvaneció enseguida. Miró hacia el inconsciente Zeke y luego a «Dago», extendiéndose por su rostro sucesivas oleadas de resolución y temor.

—¡Maldita sea! —soltó por fin—. No, no me atrevo. Creo que se equivoca usted, aunque le agradezco que me avise. Ya sabré protegerme.

Se notaba que no diría nada más. «Dago» se encogió de hombros. Tomó del silloncito la automática que había quitado a Zeke.

—Esto servirá para que lo asen en la silla eléctrica —explicó—. Y le voy a decir una cosa muy graciosa, Nancy: la prueba para ella la suministrará mi cuerpo. Dígale a su amigo cuando despierte que mi nombre es Percy Lemon.

Añadió con una entonación irónica:

—Percy Lemon, agente del

F. B. I.

Y extrajo la credencial que enseñó a Nancy. Abandonó el camerino, dejando a la muchacha con una expresión de incredulidad en sus dorados ojos.

Salió a la calle. Lloviznaba nuevamente y se puso el impermeable.

Detuvo a un taxi. Y le dio las señas de la mansión de Rubel al conductor. Era allí donde podría conseguir la información que precisaba.

En pocos minutos se halló frente a la verja del jardín que rodeaba el lujoso palacete del gángster. Hizo que el taxi lo rebasara y lo despidió una manzana de casas más abajo.

Se aproximó, fingiendo que paseaba, a la verja, y estudió su altura y la separación de los hierros. Comprobó que estaba hecha a prueba de asaltos y, posiblemente, tuviera incluso alguna conexión con un sistema de alarma.

Pero la Naturaleza se ríe de los esfuerzos del hombre por cercarla con vallas, de igual modo que de los corsés de las señoras que engordan. Varios de los árboles habían tendido una amistosa mano al exterior.

«Dago» examinó críticamente a su alrededor. La calle estaba desierta, cosa no muy extraña a semejante hora. La luz era discreta. Desprendió de su cintura la correa, la transformó en escala y lanzó el garfio, a la gruesa rama de un castaño amarillo.

Con agilidad de malabarista se izó por el cable. Pronto se encontró a horcajadas en la rama y se deslizaba hacia el centro del árbol.

No tuvo dificultad en descender al jardín. Allí colocó nuevamente la escala en su función de cinto. Luego, avanzó hacia la casa.

A ras del suelo se ofrecían una serie de ventanas, seguramente las de las cocinas y servicios. Estaban defendidas por una reja, así que el joven latino derivó su atención hacia las más altas.

La pared ofrecía una superficie casi lisa. «Dago» sacó de un bolsillo del impermeable un paquetito que al desliarlo mostró como a modo de unas zapatillas de tela, parecidas a las que emplean las mujeres para sustituir en verano a las medias. Sólo que aquéllas poseían unas adherencias, tipo ventosas.

«Dago» se las colocó sobre los zapatos. Y trepó por la pared

como una salamanquesa, cogiéndose a los pequeños salientes y rugosidades hasta colgarse del borde de la ventana elegida.

Una de las grandes dificultades para el allanador nocturno es saber si el interior de un cuarto está ocupado cuando se halla a oscuras. El es visible por estar en la luz de fuera, pero le es imposible ver a través de los cristales.

«Dago» extrajo la linternita-encendedor. Corrientemente proyectaba un delgado hilo de luz que enfocaba exclusivamente el objeto que pretendiera iluminar y estaba estudiado para cerraduras especialmente.

Mas poseía otro dispositivo que al aplicarlo difundía una luz fosforescente, apenas una claridad, pero que bastaba para revelar los objetos y distinguirlos en un radio de acción de tres yardas. «Orejas», el diminuto colaborador del español, la llamaba la «luciérnaga» porque, en efecto, se le parecía.

En aquella ocasión puso de relieve el contenido de una alcoba, cómoda, cama y armario. En la cama se distinguían dos bultos. «Dago» decidió arriesgarse.

Su limpiauña llevaba montada una diminuta punta de diamante. Practicó un limpio corte en el cristal. Antes de desprenderlo, pegó en un lado una tira de «speedfix», un celofán engomado.

Sin hacer el más leve ruido levantó el pestillo y empujó las hojas de la ventana. Una vez apoyó los pies sobre el suelo, se apresuró a cerrar y a situar el cristal en su posición anterior, fijándolo con otro trozo de «speedfix».

Retiró también de los pies los supletorios. Y se dispuso a cruzar la habitación con todo sigilo hacia la puerta situada a uno de los lados.

Abrió la puerta y salió a un oscuro pasillo.

Se orientó a la derecha, pues la habitación que acababa de atravesar se hallaba muy cerca de la esquina izquierda de la casa.

Hubo de descender unas escaleras y se encontró en el *saloon* principal. Estaba parcialmente iluminado. «Dago» no descubrió a nadie y se deslizó por él en dirección al «*hall*». Su intención era entrevistarse con Lettie Mannister.

Hizo alto en el centro, pues sus oídos captaron el rumor de conversación a su derecha. Comprobó que allí daba una puerta

cubierta con cortinas y se aproximó.

Levantó ligeramente uno de los lados del pesado terciopelo y distinguió claramente las voces. La que sonaba en aquel momento era la de Milton Rubel.

—¡No pienses ni por un momento que podrás engañarme! Tú sabes quién era ese hombre que penetró en el «templo». Gory Lancewood se hallaba en tu habitación y Algy asegura que pasaste por el lado de ellos y no te detuviste a soltarlos.

Se elevó entonces la voz fina, temblorosa, de Lettie.

—¡No sé quién es, no sé quién es! No estuve en mi cuarto y en cuanto a pasar de largo, lo hice porque me dio miedo y quise avisar antes.

—No eres tonta, muchacha. Sabes discurrir bien. Pero ¿quién enseñó a ese hombre la salida secreta?

—¿Y yo qué sé?

«Dago» se estremeció porque se oyeron los inconfundibles sonidos de varias bofetadas. Y el llanto de una mujer estalló de inmediato.

—¡No! ¡No! No me pegues, Milton.

El español se disponía a entrar cuando a su espalda se produjo un nuevo sonido. Con rapidez se introdujo tras la cortina y observó por un lado.

Eran dos hombres los que acababan de penetrar en el salón. Fueron directamente hacia donde «Dago» se acababa de esconder, pero su meta era la puerta donde golpearon.

A sólo dos pasos de distancia, el español podía detallar con precisión sus facciones encanalladas, un tanto simiescas. Alguien abrió por dentro y los dos pasaron con impaciencia.

—¿Qué sucede, Ponty? —inquirió Rubel.

Y «Dago» escuchó una singular versión de su encuentro con Zeke «el Rojo», y del estado en que había quedado éste.

—¿Qué nombre dices que dio a Nancy? —tronó el dueño de la casa—. ¿Percy Lemon?

Siguió un muestrario escogido de improprios, insultos y palabrotas que revelaron la verdadera condición del gángster. Pero de igual forma rápida que se había disparado, cesó.

—Bueno está —le oyó decir «Dago»—, es seguro que Zeke debió equivocarse y que no lo mató. Pero, aunque fuera así, parece

absurdo que se encuentre en condiciones de actuar en la forma que lo ha hecho.

—Nancy dice —habló el llamado Ponty— que jamás vio golpear a un hombre de la forma que él lo hace. Maneja los puños con la rapidez con que un chino los palillos para comer arroz, y tiene la fuerza y dureza de la cornada del búfalo.

—Será preciso que establezcamos una mayor vigilancia. Podéis ir. Y tú también, Lettie, aunque luego reanudaremos la conversación.

«Dago» abandonó su escondrijo y cruzó rápidamente el salón, atravesando la entrada que daba al «hall». La puerta del corredor que conducía al «templo» se hallaba abierta y la traspasó también.

E igualmente encontró libre el acceso al cuarto de Lettie. Se introdujo allí y se sentó en el borde de la cama.

Transcurrieron unos minutos. Y por fin, se oyeron los pasos de la rubio-ceniza y apareció en el hueco de la puerta. Por un momento semejó no verlo. Al darse cuenta de su presencia, lanzó un pequeño grito y se apresuró a cerrar tras sí.

—¡Usted! ¿Cómo... cómo ha venido?

—Hola, Lettie —saludó el español—. Era preciso que hablara con usted.

Se fijó en lo enrojecidas que tenía ella las mejillas y en el corte del labio superior del que aún manaban unas gotitas de sangre.

—Es una locura —manifestó la muchacha—. Una verdadera locura. Si él lo descubre lo matará. Rubel no vacila jamás en eliminar a quien le estorba.

—Es bueno saberlo. Yo tengo más respeto por la vida ajena, pero a veces mis procedimientos son peores. Vamos, Lettie, no tema. Quiero que me cuente que poder es el que la tiene esclavizada y cuanto sepa de ese asunto de los planos.

Se levantó y fue hacia ella. Descubrió en sus ojos una mezcla de emociones. Le temía y lo deseaba, y también otras varias cosas.

—Yo... no debo. Ya he cometido bastantes tonterías. ¿Por qué he de hacer estas cosas? ¡Oh, si usted supiera!

En un arrebato, Lettie se echó en los brazos de «Dago». Y apretó los labios contra los suyos. Era extraordinario descubrir el fuego que poseían en contraste con la apariencia fría, lejana, de toda su persona.

CAPÍTULO 8

Marlon seguía los movimientos de Tennie con el sentimiento del cazador que contempla en un claro de la selva a un ejemplar único de una rara especie.

Todo en Tennie era cálido, sabroso, reconfortante y sin edad. Poseía la edad justa de las diosas, de las heroínas del amor. ¿Cuántos años tendría? ¿Veintitrés, veinticinco, quizá treinta? No importaba. A los doce años seguramente poseía ya la condición de irradiar el ardor sonrosado, tierno, que la envolvía.

El corazón le latió tumultuosamente cuando la vio acercarse y que se echaba a su lado. Le miraba con una sonrisa amplia, jugosa, y con una mezcla de malicia y bondad, como la mujer-mujer contempla siempre al hombre, un poco como a amante y como a un niño.

—¿Qué piensas?

—¿Es posible que no lo sepas? Prefiero no decírtelo entonces.

Un leve rubor volvió aún más tentador el rostro de la mujer.

—Me gustaría que estuvieras contento de mí —expresó—. En realidad, no sé por qué ha ocurrido todo esto. ¡Nuestras vidas son tan distintas! Yo mañana, seguramente, partiré para efectuar un largo crucero.

La palabra «partir» revolucionó la mente del agente. Era algo terrible haber gustado del máspreciado manjar, haber entrado en el paraíso y saber que terminaría tan pronto, que ya nunca...

Sin acertar con la verdadera razón que le impulsaba a hablar de aquella forma, Marión dijo apasionadamente:

—¿Y si pudiéramos hacer coincidir nuestras vidas? ¿Y si yo estuviera en condiciones de unirme a ese crucero? Lo único que nos separa, después de todo, es que tú tienes dinero y yo no. Pero eso

puede arreglarse.

Por un momento, una sombra, como una nube lejana, oscureció los bellos ojos de Tennie. Pero sus labios formularon la respuesta que él esperaba oír.

—¡Sería maravilloso!

Marlon dejó escapar algo de la presión que amenazaba con hacerlo estallar desde que la tuvo a su lado. Y la estrechó entre los brazos.

El mundo tenía para él una dimensión nueva, fantástica, cuando salió del camarote. No se dio cuenta de que le veía marchar un hombre atlético, cabello bronceado y ojos pardo-verdosos que parecían taladrar las tinieblas.

«Dago» estuvo tentado de interceptarle el paso y hablarle, pero meditó en que no era aquél el mejor momento.

Se encaminó al camarote que el agente acababa de abandonar. Entró sin hacer ruido, moviéndose con la precisión y seguridad que lo caracterizaban.

Tennie se hallaba tendida sobre un diván, con la cara oculta en un mullido almohadón. Agitaba su cuerpo con unos contenidos sollozos. «Dago» estuvo un rato contemplándola, recreándose en las maravillosas líneas de su espalda.

Comprendía la terrible seducción que habría ejercido sobre los sentidos del agente del

F. B. I.

Pese a estar mucho más curtido, el español sentía como una embriaguez especial y hubiera enviado todo al diablo por la posesión de una criatura así.

Quizá hizo algún movimiento involuntario, o por una rara receptividad de la mujer, el caso fue que Tennie dejó de llorar y se volvió. No dijo nada, sólo mirando con expresión de infinito asombro.

—¿Llora por sus culpas o por las de los demás? —habló «Dago» con una entonación levemente irónica.

La dueña del yate acabó sentándose. Con un rápido movimiento limpió las lágrimas de sus mejillas.

—Quisiera saber con qué derecho ha entrado usted en este camarote —exigió con frío acento.

«Dago» se adentró en el cuarto.

—Es usted una mujer hermosa e inteligente, Tennie —declaró—. Una combinación que la Naturaleza otorga de tarde en tarde. Lo terrible del caso es que esas combinaciones la Naturaleza no suele ajustarlas a otros factores que es preciso ganar después. Usted ha sabido ganarlos.

—No sé a qué se refiere.

—Se lo diré. Se ha metido usted en un buen lío. Quizá espere salir con bien de él, pero lo más seguro es que pierda cuanto ha conseguido... y un poco más. ¿Me entiende? Milton Rubel actúa como un Napoleón, sólo que se olvidó de nacer en otra época.

Se dejó caer al lado de ella en el diván y le ofreció la pitillera. Tennie dudó unos segundos y terminó por coger un cigarrillo.

—Viene bien, después de ciertas jornadas —aclaró él—. Y estoy seguro de que usted no se reserva.

Tennie se ruborizó, pero no apartó la mirada de la del nombre. Aspiró el humo del cigarrillo y lo fue dejando salir con lentitud.

—Usted parece estar muy seguro de sí —manifestó—. Pero hasta ahora no me ha dicho qué es lo que desea. ¿No será un sucio sujeto de esos que intentan aprovecharse de ciertas circunstancias para...?

—Ese sucio sujeto, sin duda, es Rubel y ya se ha aprovechado. Usted es una esclava suya, Tennie, una esclava de la más baja condición moral. Pero hay un límite en lo que se concede. No puede atentar contra la integridad de un hombre, y la seguridad de una nación, sólo porque tiene miedo de que se descubra...

Tennie se puso en pie y se inclinó hacia él.

—¡Cállese!

—¿Por qué quiere hacerme callar? ¿Y a qué viene ese miedo absurdo? ¿Es posible que pueda tanto en usted la posición social que ocupa que no sólo se disponga a cometer el más asqueroso de los delitos, sino que reniegue hasta de su sangre?

El rostro de la hermosa mujer se descompuso y cambiaron prodigiosamente sus rasgos.

—¿A qué sangre se refiere? Si tan enterado está de todo, debe saber que por mis venas corre sangre negra. ¿Parece increíble, verdad? ¡Sangre negra! Uno de mis abuelos era cuarterón. Ya ve. ¿Sabe lo que es un cuarterón? Apenas se distingue de un blanco. Pues yo soy su nieta y, sin embargo, si en este país se supiera eso me cerrarían todas las puertas.

—¿Y es tan grave?

Tennie se echó a reír con grandes carcajadas.

—Para usted quizá no. Pero yo nací pobre y he ido ascendiendo poco a poco. Logré casarme con un hombre que poseía una enorme fortuna. Pero ese hombre odiaba a los negros. Mis dos hijos están en un colegio en Richmond, codeándose con los descendientes de las más ilustres familias. Todo eso desaparecería en un momento.

—Tennie —dijo por fin él—, retiro mi apreciación de que usted es inteligente. ¿Acaso cree mejor lo que piensa hacer? ¿Se avergonzarán menos sus hijos de usted porque arrastre unos cuantos glóbulos de sangre negra que por lo que le caerá encima?

Tennie palideció.

—No sé de qué me está hablando —expresó en voz baja, oscura—. Yo no hago nada, y tampoco pienso hacerlo.

«Dago» se había puesto en pie. Estaban separados por un paso escaso. El, un poco más alto. De repente, la atrajo contra su pecho. Y la besó.

Refrendó sus palabras con otro beso.

—¿Quién eres? ¿Por qué me hablas así? —quiso saber Tennie minutos después.

—Mi nombre es Percy Lemon. Percy Lemon, agente del F. B. I.

Salió del camarote, dejando a Tennie en el diván, con una anhelante, nueva expresión en la mirada.

Ahora, «Dago» fue hacia proa y sujetándose al cable de sujeción, se deslizó hasta el muelle.

Una figura se adelantó desde la masa sombría de unos fardos apilados.

—¿Jaime? —interrogó.

—Sí, Boni.

Los dos hombres se apartaron y fueron lejos de aquel punto, sin perder de vista al barco.

—¿Qué sucede? —se interesó «Trapos»—. ¿He de continuar vigilando al yate?

Sí. Dentro de una hora o así te enviaré a «Orejas» para que te releve. Es fundamental que no perdamos de vista a la gente de ahí.

—Pero ¿qué ocurrirá si el yate decide marcharse?

—Creo que no sucederá antes de mañana. Mas, para prevenir

eso y que me des aviso rápido en caso contrario, es por lo que deseo que vigiles. Mi intervención ha hecho que todo se precipite.

En tanto marchaba en el «Rambler», que había recuperado de donde lo dejó cuando visitó por segunda vez la casa del gángster, reflexionaba en lo que le oyó relatar a la joven, empezando por su propia historia.

Una sórdida historia. La única hija de Duncan Mannister, la que rechazó a Rubel, había muerto en un accidente. El financiero quedó destrozado, incapaz de reaccionar ante semejante pérdida. Entonces Rubel, que meditaba en su venganza, creyó llegado el momento.

Mannister no había sido un puritano. Tuvo sus aventuras, y una de ellas, la más prolongada, ofreció para él la duda de su final, pues ella desapareció un buen día sin decirle el por qué ni cómo se marchaba.

Rubel fabricó entonces una hija para el financiero. Hizo que aquella fuga misteriosa se convirtiera en una paternidad que se había pretendido hurtarle. Arregló documentos, sobornó a empleados, y demostró, sin lugar a dudas, que Lettie, a la que había sacado de un burdel, era la hija de aquella romántica unión.

Lettie encontraba cada vez más insoportable el papel que la obligaban a representar. Y era ese conflicto sentimental el que se transparentaba en su actitud. Le parecía repugnante el engaño, pero tenía miedo a volver a su anterior existencia.

Algo parecido le ocurría a Nancy Pratt, la bailarina. «Dago» supo que su marido se encontraba en Sing-Sing,

acusado de un crimen. El único que podía salvarlo era Rubel y demoraba su participación en el asunto, extorsionando a la exuberante rubia.

«Orejas» le abrió la puerta de su casa, aquella casa que había alquilado en Nueva York en tanto proseguía la investigación de lo ocurrido a su hermano Fernando. Su pequeño colaborador vestía un estrafalario camisón de color verde y un gorro de dormir puntiagudo.

—¡Jefe! —chilló nada más verlo—. Por fin, viene alguien.

—Pues, ¿qué ocurre?

—No puedo dormir, jefe. Me parece que ese hombre que hemos metido en hielo va a salir de la caja y a presentarse, así de tieso, en

mi habitación.

—Tranquilízate. Eso no tendría nada de malo. Peor sería que se metieran en tu habitación algunos vivos.

«Dago» fue al cuarto preparado para albergar al cadáver del agente del

F. B. I.,

Percy Lemon, cuya personalidad suplantaba. Durante unos instantes contempló la faz pálida, serena, del joven, a quien habían introducido entre bloques de hielo de ácido carbónico.

En el lugar la temperatura era, como consecuencia natural, extremadamente fría, bajo cero.

—Si algo pudiera servirte de satisfacción en la situación en que te encuentras —dialogó el joven latino con el muerto, haciendo que «Orejas» tiritase—, creo que sería el saber que tu misión se continúa.

Fue una bonita oración fúnebre, aunque lo bastante tétrica para que «Orejas» castañetease los dientes.

Cuando se retiraron de allí, no pudo reprimir el interrogar:

—¿Será todavía mucho tiempo huésped nuestro, jefe? Porque si es así, mañana tendré que disfrazarme de oso.

Espero que para ello te pongas una piel encima. Atiende ahora lo que voy a decirte.

Le impuso en el cometido de la vigilancia del yate. Y al enterarse «Orejas» de que podría ausentarse, pese al sueño que sentía, su faz se ensanchó en una alegre sonrisa.

El joven le abandonó y se encerró en su cuarto. Se sentó en el borde de la cama y permaneció unos segundos en actitud reflexiva. Después, se fijó en el teléfono colocado sobre la mesilla de noche.

No tenía guía telefónica allí y salió al «hall». Consultó rápidamente en la parte baja de Manhattan. El edificio Federal se hallaba localizado en el número 290 de Broadway.

Tomó nota del número de teléfono del «Federal Bureau of Investigation» y lo apuntó en su agenda. Quizá tuviera que llamar al día siguiente. Se encogió de hombros y sonrió. No dejaba de resultar divertido que él, «Dago», el personaje que buscaba activamente la policía, casi con tanto ahínco como los criminales, colaborase con ella y estuviese dispuesto a afrontar un considerable peligro para impedir que un agente se viese enredado en algo

turbio.

Dedicó unos minutos a considerar los acontecimientos del día. Aquello le trajo a la mente el recuerdo de su propio caso. Y se asombró de la forma en que se desarrollaba su vida desde hacía algún tiempo.

En ningún país como aquél había tomado carta de naturaleza el delito. Era apenas apreciable la línea de separación entre lo bien y lo mal hecho, hasta el punto de que un hombre que en un Estado se vería por sus actos en la cárcel, en otro tendría la consideración de digno ciudadano.

Y el tipo de criminal, el gángster, sólo podía darse en aquel inmenso puerto de arribada, donde todos parecían extranjeros, con sus barrios míseros que lanzaban a la conquista de las ciudades a los audaces, a los que nada tenían que perder y sí mucho que ganar.

Él había tomado a su cargo una ingrata labor. Los más expoliados, quienes ocupaban los puestos ínfimos de la sociedad yanqui, eran los latinos, los «dagos».

Cualquier imbécil con «pedrigree» de sajón, trataba con desprecio y sin respeto para ninguna clase de derechos a los «spiks» y a los «dagos», y se creía autorizado para insultarlos.

Pero él había reivindicado para sí aquel título. Para servir a su causa y como una revancha contra el puerco mundo aquel del dólar, donde todo se compraba y todo se vendía.

Dejó de pensar. Había entrenado su cerebro de tal modo que le era posible conciliar el sueño aún en las circunstancias más adversas y descansar un número mínimo de horas, pero que le eran suficientes. Y cuando despertaba, estaba fresco, despejado.

Pero con ser absoluto, su sueño era ligero, bastando el más leve sonido para alertarlo. Y se despertaba exactamente cuándo deseaba, como si en su cabeza funcionase un despertador.

Mientras él reposaba preparándose para el día siguiente, había alguien que velaba. Se encontraba en su despacho aguardando que diera una hora, la hora en que tendría que levantarse y salir apagando todas las luces, luego marchar por un largo pasillo hasta detenerse frente a una puerta secreta dentro de aquel enorme edificio. Sólo un personal elegido, selecto, tenía derecho a traspasarla.

No había vigilante, pero el sistema para defender tal «sancta

sanctorum» era más perfecto. Consistía en una célula fotoeléctrica que señalaba la presencia de cualquier extraño en el interior, y fuera, en la puerta principal, donde existía siempre una pareja de hombres provistos de metralletas.

El sistema se desconectaba únicamente desde dentro, donde siempre quedaba alguien de guardia. Aquella noche la montaba Barret.

Y a la hora justa actuó en el dispositivo. Una luz roja se encendió sobre la puerta y el otro hombre supo que podía empujar y pasar adentro.

—Hola, Preston —saludó en voz queda—. ¿Todo normal?

El rubio jovenzuelo afirmó con un enfático movimiento de cabeza.

—Bien, vayamos allá.

Pasaron a un estudio con más de veinte mesas para proyección de planos y una larga hilera de archivadores. Se dirigieron a uno de ellos.

—¿Cree usted —se elevó, temblorosa, la voz del joven investigador—, que no se darán cuenta del engaño?

—¡Claro está que no, Preston! De los ensayos del «Golden Eagle» no se ha dado publicidad alguna, no pueden saber que han fallado todos los cálculos.

—No sé. Creo que no hacemos mal, puesto que de nada le van a servir a los científicos de esa nación tales planos y datos, pero, aun así...

—¡Vamos! No seas estúpido.

Preston se encogió de hombros y comenzó a manipular en la combinación de uno de aquellos archivadores. Por fin, quedó abierto.

El visitante se irguió repentinamente y en su rostro asomó un gesto de preocupación.

—¿Qué sucede? —se alarmó su compañero.

—No sé, no estoy seguro, pero juraría que he oído el rumor de voces por la parte de afuera.

—No es posible. Nadie...

Se miraron en silencio unos segundos. El de más edad denegó con la cabeza y aseguró:

—Quizá me haya equivocado. De todas formas, convendría

que...

—Voy a ver. Regreso en seguida.

Barret se alejó, caminando de prisa, el otro permaneció unos instantes en aquel sitio. Después, con celeridad, fue tras el rubio. Se situó tras una vuelta del pasillo que Preston debería seguir de regreso y donde se alzaba un perchero.

El investigador volvía despreocupadamente.

—No se preocupe. No es...

Tropezó con algo que se le interpuso y cayó de bruces. En aquella posición, un objeto duro, contundente, le golpeó en la sien. Y Barret se sumió en la oscuridad más impenetrable.

Cuando abrió los ojos, el visitante estaba a su lado con un vaso de agua en la mano y le salpicaba con ella el rostro.

—Vamos, muchacho —decía—. Tendrás que ponerte gafas.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿No lo ves?

Señaló al perchero derribado.

—Tropezaste con ese mueble y al caer sobre ti debió darte un buen golpe en la cabeza. Ni siquiera un minuto has estado desvanecido.

Barret, acometido de una súbita sospecha, consultó su reloj. En efecto, marcaba casi la misma hora. Ayudado por el otro, se levantó y pusieron el perchero en su sitio.

—Es un fastidio —dijo el rubio—. Hace tiempo que he dicho que ese mueble nos haría caer a cualquiera.

No intercambiaron ninguna palabra más. Trabajaron en silencio fotografiando los planos del proyectil desechado. Por un momento, la pituitaria del investigador creyó oler algo raro, como si se hubiese empleado antes material de fotografiar allí.

Consultó de nuevo el reloj. Y entonces comprobó que se había parado.

—¡Vaya! Se me ha estropeado el cronómetro —reveló—. ¿Quiere dejarme ver el suyo?

—Eso habrá sido por el golpe, muchacho —comentó su compañero—. Mira en el mío.

La hora era correcta. Pese a lo cual, Barret sintió crecer en su interior una gran inquietud.

—Hemos terminado —anunció su compañero—. Vamos,

muchacho. Debo marcharme. Todo el tiempo que yo pase en este sitio es peligroso.

Al reintegrarse a su puesto, se detuvo junto al perchero. ¿Era posible que hubiera tropezado en la forma que el otro afirmó?

Realizó varias pruebas. Y su desconcierto aumentó. Pudo ser, y también lo contrario. El miedo continuó extendiéndose por sus entrañas como un mar negro en que se fuera sumergiendo.

CAPÍTULO 9

A las seis y media de la mañana se reunió «Dago» con «Orejas» en el muelle 92.

—¿Alguna novedad?

—No. Un «cop» me preguntó qué hacía aquí y le he explicado que todos los jueves trece del año vuelvo a este sitio donde asesiné a mi numerosa familia, haciéndola ingerir

«Coca-Cola»

con tubo de goma y lanzándolos al río para que infectaran a los peces... Me ha contemplado de un modo raro y de vez en cuando se da una vuelta por el fondo del muelle y mira hacia allí.

«Dago» iba a replicarle cuando se fijó en que alguien abandonaba el yate y se deslizaba por una escala hasta una canoa pegada a su costado. Remó vigorosamente para acercarse al muelle.

—Lo que me figuraba —comentó el joven latino entre dientes—. La dueña envía un mensaje a Milton Rubel. Debemos coger a ese hombre.

—Será difícil aquí, pues esto empieza a estar tan concurrido como «Columbus Circle».

En efecto, los andenes y galerías del muelle se llenaban de trabajadores.

—Lo interesante es apartarlo de la circulación durante todo el día de hoy. Escucha...

El marinero había llegado a tierra firme y subía las escalerillas. «Orejas» salió a su encuentro. Había subido el cuello del impermeable y metido las manos en los bolsillos. No llevaba sombrero, porque odiaba aquella prenda, pero su aire, con todo, no era muy tranquilizador.

—Oiga, amigo —cortó el paso al emisario de Tennie—, no tan

aprisa.

El marinero se detuvo y le arrojó una mirada entre colérica y despectiva. Era un mocetón, de tórax redondo y largo, como un racimo de bananas, y una faz cuadriculada, como si se le hubiera partido en algún encuentro y un individuo poco hábil se la recompusiera con engrudo.

—¿Qué muelle se te ha soltado, Dumby? —exhaló su malhumor.

—Éste, gorila.

El pequeño golpeó ferozmente con su pie en la espinilla del otro. Y cuando el marinero comenzó a saltar y a lanzar aullidos, se le fue de cabeza a la barriga.

El desgraciado cayó a tierra, donde quedó sentado. «Orejas» recobró fulminantemente la vertical y le lanzó una nueva patada, esta vez a la barbilla. «Dago» se acercó corriendo. Igualmente hizo el polizonte merodeador.

—Eh, ¿qué ocurre? —preguntó, moviendo la porra. Los primeros rayos de sol arrancaron destellos a sus botones dorados, «Orejas» se puso a vociferar como un condenado:

—¡El maldito no quiere aflojar ahora lo que me prometió! Te voy a hervir los sesos a fuerza de darte patadas en tu sucia cabezota...

«Dago» le sujetó por un brazo y se volvió al «poli».

—Del

F. B. I.,

amigo —expuso e indicó con la cabeza a «Orejas», que se debatía entre sus manos—. Éste es «Capullo de Alhelí», un toxicómano, de cuidado. Sabíamos que esperaba a otro individuo que le tendría que suministrar un cargamento de heroína.

El agente parecía receloso y miraba de uno a otro. «Dago» le tendió la credencial. Aquello le tranquilizó definitivamente.

—¡Vaya con el enano! —comentó—. Ya me parecía sospechoso. ¿Y ese otro es...?

—Creo que sí —apuntó el español con cautela—. Pero, como ve, está desvanecido. Conviene que le llevemos hasta mi coche, agente. ¿Podrá usted cargar sólo con él?

—¡Claro está, compañero!

Sin esfuerzo alguno se cargó al hombro al dormido marinero. Y precedido de «Dago», que empujaba delante de sí a «Orejas»,

llegaron hasta donde esperaba el «Rambler».

—Gracias, agente. Ya puedo manejármelas sólo con estos «tipos».

Arrancó el coche. El marinero comenzó a removerse.

—¿Qué haremos con él, jefe? —se interesó el hombrecillo.

—Retenerlo en casa. Tendrás que quedarte a su cuidado. «Orejas». «Trapos» te sustituirá en la vigilancia. Yo debo marchar a otra parte.

Una luz maliciosa, presagio de alguna «jugada», se encendió en los ojos de «Orejas».

«Dago» se reunió con sus colaboradores y les dio las órdenes oportunas. «Trapos» salió con él.

Si vieras salir a una mujer del barco, síguela. Avisa desde cualquier teléfono a «Orejas» para que yo pueda comunicarme luego con él.

«Dago» partió definitivamente. Alcanzó Broadway y enfiló ciudad arriba hasta la Calle 88. Torció a la izquierda, hacia el Hudson, y al llegar cerca de Riverside Drive, hizo alto frente a un hotelito, rodeado de un minúsculo jardín.

Aquél era el lugar de la cita concertada para la venta de los planos. Lettie se lo había dicho, y Lettie tenía motivos para saberlo, ya que era el factor clave para inclinar la voluntad de dos de los participantes: su supuesto padre, Duncan Mannister, y su prometido, Preston Barret.

Porque aquélla era parte de la maniobra del gángster. Movido no sólo por la belleza de la joven, sino por la idea de emparentar con el financiero, el rubio investigador había accedido a la venta de lo que él suponía planos inservibles. Condujo el coche hasta su parte trasera.

Y al hacerlo, descubrió la presencia de un «sedan» negro y de otro coche, un Lincoln, gris oscuro como su «Rambler».

El español hizo que su automóvil rebasara aquella parte y recorrió unos cientos de yardas hasta parar entre dos de los hoteles.

Avanzó resueltamente hacia la puerta de la casa que le interesaba. Cruzó el pequeño jardín y pulsó el botón de un timbre.

A los pocos segundos abrieron. Nancy Pratt apareció ante él. Su mirada fue tan expresiva como una foto sensacionalista al verlo.

—¡Otra vez! ¿Qué viene a hacer aquí?

«Dago» omitió las explicaciones. Empujó a la mujer y penetró en un «hall». Cerró tras sí.

—Aunque no lo quiera, Nancy, pienso hacerle un favor. A la reunión que van a celebrar dentro de unos momentos estoy yo invitado.

Ella, que había caído contra la pared, recobró el equilibrio y pronunció rabiosamente:

—¡Lárguese! No espere que le salga bien como anoche. Ésta es mi casa y...

—¡Imbécil! —acusó «Dago»—. ¿Pero todavía no se ha dado cuenta? Está tan obcecada con su problema que es incapaz de reconocer el engaño de que va a ser víctima.

Se calló porque, en aquel momento, irrumpió en la habitación un individuo alto, encorvado, de faz cetrina, ojos negros y con la córnea amarillenta y apariencia toda de haber escapado de un cuadro del Greco. Empuñaba una pistola y se cubría con una gabardina, aunque con el detalle pintoresco de mostrar las piernas al aire.

—¿Quién es este hombre? —demandó con un fuerte acento extranjero.

Nancy tuvo un gesto de irresolución. Giró la cabeza para mirar a uno y a otro.

—¡Conque usted es el chorlito! —dijo el español y dejó escapar una risita—. Imaginándose que han vuelto los tiempos de la guerra y de las hermosas espías rubias. Pues sepa, amigo, que le han tomado por tonto, lo que no me extraña tras ver su aspecto. Los planos que piensan entregarle son...

—¡Cállese!

Nancy se precipitó hacia él. «Dago» la sujetó por las muñecas y la zarandeó. El «chorlito», como le había llamado, dio un paso hacia ellos mientras accionaba la pistola. Se le olvidó que no llevaba debajo de la gabardina otra cosa que sus flacas piernas y la prenda se le abrió, mostrando su seca arquitectura quijotesca.

—¡En, suelte a Nancy! Dispararé si no...

—Vamos, Nancy —habló «Dago» con brusquedad—. Diga de una vez a su amigo la tomadura de pelo que piensan hacerle. Yo le añadiré unos sabrosos comentarios.

No hubo lugar a la explicación. Llamaban a la puerta. «Dago»

lanzó a la rubia hacia el largo que la recibió entre sus brazos, pero lo que los separó y dejó a merced del joven la pistola. Se la arrancó sin ninguna delicadeza.

—¡Vamos, abra! —conminó a Nancy—. Y no cometa tonterías. No he desayunado aún esta mañana.

La rubia «*vedette*» fue a cumplir el encargo.

—Tápese —indicó «Dago» al amigo de ella—. No es correcto que ande por el mundo así.

Eran Barret y Mannister los visitantes. Nancy se echó a un lado para permitirles entrar. Entonces vieron a «Dago». El financiero quedó mortalmente pálido. El rubio iba tan ensimismado que no se percató de la presencia de un extraño.

—¿Qué ocurre aquí? Usted es... usted es...

—Justamente, Mannister —le ayudó «Dago»—. Yo soy el hombre que anoche penetró en el «templo». Y si quiere más referencias, le diré que estoy acreditado como agente del F. B. I.

y que mi nombre es Percy Lemon.

—Pero si...

—Le dijeron que me habían asesinado, ¿eh?

El sucio de Rubel lo creyó, pero estoy vivo. Aunque no lo crea, mi presencia aquí le favorece más de lo que piensa. ¿Tiene algún arma?

Hubo una ligera vacilación por parte de Mannister.

—No sea estúpido —apremió el español—. No es para que me la entregue, sino para que la empuñe. Y usted, tenga.

Arrojó al alto y huesudo su pistola.

—Vamos a necesitarles dentro de poco. En cuanto se presente el conspirador que falta, mi compañero Marión Mandly.

—No le entiendo —musitó Mannister—. ¿Qué quiere dar a entender?

—¿Cuál piensa que sea la jugada, Mannister? ¿También ha creído que todo se reduciría a fingir aquí una comedia... en tanto se lleva a cabo la verdadera operación en el «Calypso»?

Mannister comenzó a sudar.

—No sé de qué me habla. Yo he venido a...

—Guárdese sus cuentos, Mannister. Usted ha venido a la operación falsa. Pero bien sabe que los auténticos planos tienen otro

destino.

El tipo en pernetas lanzó un bufido y accionó con la pistola melodramáticamente.

—Si eso es cierto... —amenazó haciendo rodar los ojos en sus órbitas.

—Tan cierto como que Milton Rubel, que es el hombre que se mueve tras todo este embrollo, no piensa dejar que recapacite usted después sobre ello. Su jugada es de maestro, chorlito. Usted acude aquí a comprar esos falsos planos y cuando se encuentra en plena operación hace acto de presencia un agente del

F. B. I....

que no tardará. Usted tendría la certeza de que todo había sido auténtico, y procuraría salir del país cuanto antes, llevándose su preciado tesoro, lo que impediría que se enterase de lo que ocurriera después con los otros actores del caso.

«Dago» hizo una pausa efectista.

—Pero la verdadera idea —prosiguió—, era hacer de modo que la farsa se convirtiera en realidad, eliminando a quienes figurasen en ella. Por ello, en este momento, se encuentran esperando en la casa de al lado hasta media docena de pistoleros. Ninguno de ustedes saldría vivo de aquí. Para las autoridades, el caso estaría claro luego. La presencia del agente habría desencadenado una lucha que...

De repente se interrumpió y volvió la cabeza hacia la puerta de la alcoba.

—Puedes salir, Mandly —dijo—. Ya es tonto que ocultes tu presencia.

Marión Mandly hizo acto de presencia. Empuñaba un «Smith y Wesson» de reglamento, y tenía el rostro pálido, desencajado.

—¡Todo eso que ha dicho es falso! —pronunció y la rabia que imprimió a su acento descubría que empezaba a creer en ello—. ¡Mentira!

—Te duele, ¿eh? Has querido convencerte de que, en efecto, era todo un inocente engaño y que podrías, sin mermar tu dignidad, aprovecharte de sus frutos...

—¿Quién eres? —Se revolvió Mandly, furioso—. ¿Por qué mil diablos te entremetes?

«Dago» iba a contestarle, cuando el agregado militar de la

Embajada de «un país amigo» intervino.

—Oigan —inquirió en tono altisonante—. ¿Quieren explicarme de una vez qué es lo que ocurre? No acabo de ver claro este asunto.

«Dago» se había aproximado a la puerta y la entreabrió un poco. Se retiró en seguida.

—Ya es tarde para que intentemos escapar. A mi juicio, lo más práctico es dejarles que lleguen cerca y abrir entonces de golpe, iniciando el fuego nosotros. ¿Se encuentran dispuestos?

El agregado militar hizo un gesto de asentimiento. Y cruzó la gabardina sobre su flaco cuerpo con lo que cobró cierta dignidad, pese a sus largas piernas desnudas. El financiero hacía rato que parecía haberse convertido en piedra. Hasta el color gris de su tez le daba aspecto de roca. Clavó sus angustiados ojos en «Dago».

—¡Es verdad entonces que Rubel pensaba...! —comenzó a decir.

—Asegúrese por sí mismo. ¿Listos?

Abrió de golpe la puerta, echándose a un lado. En el mismo instante, una ráfaga de metralleta barrió el interior de la habitación. Mannister no se había movido, como si la revelación de la verdad le privase de toda acción, y fue alcanzado por los proyectiles en el pecho.

«Dago» había disparado también. Y lo hicieron Marión y el agregado militar. Zeke «el Rojo» penetró en la habitación dando traspies y se derrumbó en el centro.

El español se situó en el marco de la puerta a continuación. Hizo fuego por dos veces. Y dos gángsters saltaron con la inelegancia de osos que pisan sobre una pista ardiente. Los tres restantes se esparcieron buscando posiciones. Un nuevo disparo y cayó la cuarta pieza.

«Dago» cerró la puerta y regresó al interior.

—Creo que ya no nos molestarán —anunció—. No esperarían este recibimiento, así que se apresurarán a retirarse.

Se fijó en Duncan Mannister que yacía junto al guardaespaldas de Rubel. Lo auscultó. Igual hizo con Zeke. Al levantarse, notó clavadas en su persona las miradas de los demás.

—Mannister ha muerto —manifestó—. Este bribón —y dio con el pie a Zeke— aún alienta, lo cual es un consuelo, porque aparte del sufrimiento que ahora tiene, lo asarán más tarde para regocijo de todo el

F. B. I.

Se encaró con Barret, que temblaba y daba la impresión de ir a desvanecerse.

—Váyase, joven. Me imagino que no es sino un tonto integral. Ya estará escarmentado y se abstendrá de meterse en otro lío. Y lo mismo digo a usted, Nancy. Dentro de lo que se pueda hacer, trataremos de que no aparezcan implicados en este feo asunto.

—Pero...

«Dago» hizo un gesto cortando a Barret.

—No se preocupe. Rubel no se saldrá con la suya.

Se fijó seguidamente en el «chorlito». Una sonrisa irónica asomó a sus labios.

—Vístase, amigo —recomendó—. Y por esta vez, siento que le haya salido mal su propósito. Desde luego, es noble que quiera para su patria lo mejor, pero no debe conseguirlo por tales métodos. Encárguese usted, Nancy, de avisar para que vengan a recoger a los cadáveres. Y que lleven sin dilación a una clínica a... éste.

Empujó por segunda vez con el pie el cuerpo de Zeke «el Rojo». Se volvió para Mandly, que le escuchaba en un absorto silencio, y le despertó con un grito.

—¡Eh, Mandly! Tú y yo hemos de resolver todavía el caso.

El joven agente del

F. B. I.

se agitó como si le hubiese tocado la mano de algún ente poderoso.

—¿Qué pretende insinuar? ¿Qué caso hemos de resolver?

«Dago» le dirigió una profunda mirada.

—El de la auténtica venta de esos planos, Mandly —respondió—. En estos momentos, es posible que se efectúe en el «Calypso».

—Vamos —ordenó el español—. No podemos perder un segundo más.

Cogió al joven por el codo derecho y le empujó hacia la alcoba.

Penetraron en la habitación, sin preocuparse de lo que dejaban atrás. La estancia contenía una cama bastante revuelta, un armario y una coqueta, con algunos silloncitos en que aparecían prendas masculinas y femeninas. Una de ellas, los pantalones del agregado militar.

El balcón estaba abierto. No era un salto demasiado grande, y se descolgaron por él.

Pasaron por una puertecilla en la valla del jardín a la calleja trasera y, a buen paso, «Dago» condujo a su compañero hacia el lugar donde había dejado el coche. Al alcanzar una esquina, desde la que podía verse la calle donde se alzaba el hotel, comprobó que había acertado.

Los bandidos habían desaparecido. Justamente entonces, se escuchó el ruido producido por los motores de unos vehículos y casi inmediatamente cruzaron por delante de ellos el «sedan» negro y el Lincoln a todo gas.

No perdieron ellos tampoco el tiempo. Se introdujeron en el Rambler, que salió disparado hacia la parte baja de la ciudad. Alcanzaron el muelle y el embarcadero particular de yates.

«Trapos» les salió al encuentro. El agente del F. B. I.

contempló aquella movible faz.

—Hace unos minutos han subido a bordo —informó el venezolano—, cuatro hombres.

—¿Uno de ellos con el rostro picado de viruelas y el otro alto, y la cabeza ligeramente echada hacia atrás dándole apariencia de buitre o de cóndor?

—¡Pestes! Eso es. El resto, recogidos en el cubo de basura de un gimnasio.

«Dago» se volvió a Mandly.

—No podemos perder tiempo. Es seguro que estarán dispuestos a partir.

Fue en aquel momento cuando el agente del F. B. I.

rompió su mutismo. Y lo hizo violentamente, dando suelta al sentimiento de culpabilidad que le embargaba.

—¿Pretende insinuar que ella... que la dueña del yate...? No lo creo.

—Mandly, debes aceptar los hechos como son. En ese yate, en este momento, se concierta la venta de unos planos que pueden ser la causa de la ruina de este país, de tu país. Todo lo otro era una trampa que te tendían, así como a todo el

F. B. I.,

para que dejara las manos libres en la verdadera operación.

—Pero si ella es...

—Ella no es sino una mediadora, Mandly. El verdadero enemigo se mantiene oculto y, es preciso reconocerlo, muy hábilmente. ¡Vamos! No demoremos más el subir ahí.

Los tres avanzaron hacia las escalerillas y descendieron rápidamente. Una barca les esperaba y saltaron dentro. «Trapos» se puso a los remos y se aproximaron al costado de la embarcación.

«Dago» fue el primero en subir a cubierta. Al poner los pies en ella se le acercó un marinero, rubio, que bizqueaba del ojo izquierdo.

—Eh, oiga, amigo... —Lanzó su aviso.

Detrás de él el español había visto las figuras de los dos hombres de Rubel. Y ambos actuaron conforme a sus mentalidades perfeccionadas en el trabajo de «guardaespaldas». Llevaron las manos a las axilas y desenfundaron.

«Dago» se inclinó ligeramente y hundió su puño en el diafragma del marinero, que salió disparado hacia atrás como si le succionara la parte posterior de un avión.

La pistola surgió en la mano del aventurero. Disparó al tiempo que lo hacía uno de los gángsters y tuvo la satisfacción de comprobar que le había acertado en un hombro, lo que le hizo girar sobre sus pies como una peonza.

El otro corrió una suerte similar, pero de él se encargó Mandly, que parecía reaccionar al calor de los acontecimientos. Su revólver vomitó la pesada indigestión de plomo y el bandido se retorció y cayó hacia atrás.

«Dago» corrió hacia el puente. Subió de un salto y se lanzó contra la puerta del camarote.

El cuadro que esperaba se ofreció a sus ojos. Milton Rubel, su asesor y compinche Homer Gray, y Tennie Ophels se encontraban reunidos. Sobre la mesa se veían unas fotos esparcidas. Y en aquel momento, el camarero chino se inclinaba sobre ellas.

—¡No toque eso! —Surgió conminatoria, formidable, la voz del joven.

Milton se había vuelto con rapidez. Demostró que para él una cosa eran las fantasías que urdía y otra la realidad. No dudó, no dijo nada, sino que movió su mano derecha con rapidez y en ella apareció, como por arte de magia, una pistola.

Hizo fuego, pero no acertó porque «Dago» había saltado a un

lado. En su lugar se presentó Mandly. Rubel se dispuso a apretar el gatillo nuevamente.

Pero antes de que pudiera efectuar su segundo disparo, Tennie se movió también. Había tenido su mano derecha bajo la mesa y ahora la mostró con una pistola niquelada.

Vació el cargador en dirección al «boss» y se notaba que lo hacía con verdadera fruición, como si aquello cortara los lazos que la unían al mundo criminal. El bandido se volvió con lentitud a mirarla. Una mirada de asombro, de total desconcierto.

—Tú...

Se desplomó sin más, golpeando el suelo que retembló. La mujer clavó sus dorados ojos en el agente del

F. B. I.

—Tennie... —susurró Mandly.

«Dago» se encargó de llamarlos al orden.

—Imagino, Tennie —dijo—, que, aunque no hubiésemos venido, habría hecho algo semejante, lo cual la disculpa en gran parte de su actuación.

El hombre de rostro lunar y picado de viruelas, cuyo parecido con el satélite terrestre había subido de grado al quedarse terriblemente pálido, recobró el uso de la palabra.

—No comprendo. ¿Qué significa todo esto? ¿Cómo se han atrevido a....?

—Vamos, cierre la boca —le interrumpió brutalmente el español—. ¿Cree que no sabemos de qué son esas fotos? Usted seguramente fue quien maquinó el asunto.

Mandly, haciendo un esfuerzo para dejar de mirar a la hermosa dueña del yate que, tras su acción, se había inmovilizado y serenado su rostro, preguntó a «Dago»:

—Pero ¿a quién se iban a vender esos planos? No lo entiendo. ¿Es que...?

«Dago» señaló al chino, que se había retirado a un rincón y mantenía un continente impasible.

La operación estaba bien pensada, Mandly. Pregúntele a ese hombre. Él es el representante del país que iba a comprar los planos, no el tonto amigo de Nancy Pratt. La idea, por simple, es magnífica. Nadie sospecharía de un yate que llegara al límite de las aguas jurisdiccionales. Este hombre subió a bordo un día cualquiera

y se ocultó bajo el mejor disfraz: camarero. ¿Quién iba a sospechar de él si no bajaba nunca a tierra, y todos sus tratos se efectuaban aquí, en el yate, asistiendo a las reuniones en calidad de sirviente?

El español hizo una pausa, y añadió:

—Para que todo resultara perfecto se necesitaba una persona que no tuviera una clara vinculación con Rubel y su pandilla. Rubel —y señaló al cuerpo tendido en tierra— hacía chantaje de muchas clases. A Tennie la obligó amenazándola con revelar un secreto, al parecer insignificante, pero que en este país pesa mucho.

—Tengo sangre negra —confesó la hermosa mujer—. No me importa decirlo ahora. Y tampoco las consecuencias que me puedan sobrevenir por cuanto ha pasado. Es cierto lo que usted dice. Ese hombre es quien adquiriría los planos. Una vez éstos en su poder iríamos en el yate hacia un punto determinado, donde un submarino emergería de noche para recogerlo y a cambio proporcionar el dinero que ansiaba Rubel, no dinero en billetes, sino en objetos de arte, oro y joyas, producto todo del saqueo.

«Dago» puso punto final a la conversación.

—Mandly, éste es tu caso. Aquí tienes todas las pruebas. Yo informaré al Departamento de forma que Tennie salga lo mejor librada posible, pero no es posible ocultar su participación en el asunto, como la de los otros personajes. Estoy seguro de que no se cebarán en ellos, teniendo en cuenta que eran víctimas también de Rubel.

Hizo un movimiento para dirigirse a la puerta. Mandly se le colocó delante.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me ha ayudado de esta forma?

—Te equivocas, Mandly. No ha sido a ti, ya que el interés hacia tu persona te lo explicaré oportunamente, sino a alguien que supo el valor que tiene la palabra INTEGRIDAD, esa que se forma con la última letra de la sigla del cuerpo a que perteneces:

F. B. I.

Un hombre que al morir no pensó en sí mismo, sino en avisar del peligro para que se ayudara a un compañero, un hombre que ha vivido lo suficiente para cumplir su misión y que ahora desaparece. Su nombre: Percy Lemon, su profesión, agente del

F. B. I.

Lo apartó con rudeza y atravesó la puerta. «Trapos» esperaba,

vigilando a un grupo de marineros que dirigían sus miradas hacia el camarote en actitud amenazadora. El venezolano empuñaba una de las pistolas tomadas a los gángsters heridos.

—Vamos, Boni —indicó el joven—. Nada tenemos que hacer aquí, sino dar el último informe para que los agentes federales vengan a hacerse cargo de los detenidos y de las pruebas.

—Pero ¿y ese Mandly? ¿Crees tú que...?

—Desde luego. Eran muchas las cosas que obraban en contra suya, pero estoy seguro de que sabrá encontrar su puesto nuevamente. La realidad, es que no se debe jugar con la resistencia moral de nadie, y ese joven ha aguantado debatiéndose en una contienda desigual, ya que no podía defenderse con sus armas, sino fingir que se dejaba ganar. Pero lo que hizo que vacilara y estuviera dispuesto a olvidar su deber, ya está de su parte.

Seguido de su colaborador avanzó contra el grupo de marineros. Los hombres le abrieron paso, impresionados por su aspecto. Así llegaron al lugar donde estaba situada la escala y la utilizaron para bajar ocupando la lancha.

* * *

—... ha informado Percy Lemon —concluía—. Es mi último trabajo. Tome nota, por favor, de lo siguiente: encontrará mi cadáver aquí, en la cabina del teléfono público situada en el cruce de las calles 51 y octava Avenida. Mi asesino es un tipo pelirrojo, guardaespaldas principal de Milton Rubel. Se le conoce por Zeke «el Rojo». Tengo la pistola con que disparó contra mí en un bolsillo de mi impermeable. Encontrarán sus huellas digitales. Nada más. Cuelgo.

El clic inconfundible de haberse realizado dicha operación conmovió al agente que había atendido la llamada como si fuera en su interior donde hubiese un soporte especial para conferencias de ultratumba.

—Debe ser una broma de mal gusto —decretó el jefe de la sección del

F. B. I.

en la ciudad de Nueva York—. Pero conviene comprobarlo.

La comprobación hizo que, por espacio de varios minutos, los hombres que acudieron al sitio aquél guardaran un silencio pleno

de emoción. Allí estaba, en la cabina indicada, el cuerpo de su compañero Percy Lemon. Y en el bolsillo de su impermeable, la pistola asesina.

Otros coches habían partido para el muelle 92 y para el hotelito de Nancy Pratt. Y punto por punto, se confirmó la noticia.

—¡Maldita sea! —rugió Tave Simpson, el jefe de los agentes—. Pero ¿es que vamos a creer en cuentos de hadas? Tú, Mandly, ¿quién era ese tipo de que hablas?

—No lo sé —declaró el joven, que conservaba un aire reconcentrado, ausente—. Pero empiezo a creer que era verdad que se trataba del mismo Percy Lemon. Si fuera niño, creería que era mi ángel de la guarda que había tomado a su cargo el papel de mi compañero en el caso. Como no lo soy, pienso que...

Le interrumpió la entrada de un hombrecillo de cráneo redondo, cuello arrugado, gafas y nariz en pico, con todo el aspecto de un pavipollo.

—Hola, doctor —saludó Simpson—. ¿Qué ocurre?

—Siento tener que decirte —habló el forense y adelantaba y retrocedía la cabeza como si picoteara—, que Lemon ha muerto hace un par de horas, aproximadamente cuando él dijo que se encontraba en la cabina comunicando. Eso es lo que revela la autopsia. Salvo que lo hayan conservado en una cámara frigorífica.

El silencio volvió a convertir en minerales a los compañeros del agente asesinado. Lo rompió Tave Simpson que pulsó un botón de un dictáfono y comenzó a recitar:

—Informe para Hoover, en Washington. Asunto Rubel, resuelto por los agentes Marión Mandly y Percy Lemon. El último asesinado por un tal Zeke «el Rojo», según declaración del propio Lemon hecha dos días después de cometerse el crimen. En la declaración de...

FINIT...

Los ojillos pitarrosos del viejo conservador del Museo, Sam Bergson examinaron con asombro el cuerpo bamboleante del oso. El pequeño «Orejas» se lo mostraba triunfalmente.

—Fue algo extraordinario —comentó—. Citarle al oído esas palabras y comenzar a fundirse el hielo y a moverse el animal fue todo uno.

—¿Y qué palabras fueron ésas?

—Únicamente éstas: Marilyn Monroe viene.

Sam emitió un bufido y se volvió, dispuesto a salir. «Orejas» se echó a reír alegremente. Su compañero «Trapos» apareció entonces. Y contempló con el mismo asombro la figura del oso.

—Eh, ¿a quién has metido ahí?

La cara del pequeño, que cortó súbitamente sus carcajadas, adoptó una expresión de inocente malicia. «Dago» penetró a su vez en el cuarto.

—Es muy fácil. Ayer el jefe me pidió que guardara aquí a un prisionero. Era preciso resolver ese problema, sin despertar sospechas, y del mismo modo la desaparición del cadáver y el hecho de que ya no necesitábamos embalsamar al oso. Pues metí al prisionero dentro de la piel y ya está. ¿Hice mal, jefe?

«Dago» se sumó a las risas de sus colaboradores.

—Bien planeado, pero ahora es preciso dar libertad a ese pobre sujeto. Y conviene hacerlo sin que se entere del sitio en que ha estado, así que lo llevaréis al Central Park y allí lo soltaréis. Bastará con que lo arrojéis del coche. Pero dejadle antes este billete en un bolsillo. Después de todo, se lo merece por el mal rato que ha pasado.

Dijo luego, tras contemplar los atentos rostros de sus fieles

camaradas:

—Nosotros hemos de volver a nuestro cometido. Por esta vez «Dago» ha dado paso a otro personaje, pero ya ha vuelto a recobrar su verdadero papel. Mañana visitaré a ese Mandly para preguntarle las cosas que me interesan. Y después...

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY



Sadismo
Los templarios
La honorable trata
Lujuria, erotismo
y pornografía
Homosexuales
y lesbianas

Pídalas en su kiosko habitual



Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33186 - U.S.A.

P.V.P. **25** PTS.